LIBRO dot.com

Secretos Femeninos

Roberto Arlt



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Roberto Arlt
Secretos Femeninos

PRÓLOGO

La escritura arltiana no puede disimular una marcada predilección por el rasgo excéntrico, entendiendo esta expresión en el sentido puramente espacial. El centro como lugar de lo aceptado, la convención, la tranquilidad o el orden es, sistemáticamente, el punto evitado —y socavado— por ella. Esa intención desviatoria, esa predilección por los márgenes, es manifestación de una tendencia anárquica rastreable sobre todo en los materiales con que se construye el texto, en el trabajo con los géneros y en el tratamiento de los temas.

Si bien toda una tradición crítica ha coincidido unánimemente en el remanido juicio acerca de la "mala escritura" de Roberto Arlt, lectores más avisados (Onetti, Piglia) han leído de otra forma esa "desprolijidad escritural". En realidad, se trataría de rescatar un cúmulo de voces o jergas desplazadas de los sistemas literarios dominantes y de incorporar al territorio de las letras lo excéntrico-lingüístico: básicamente, el aporte dialectal inmigratorio operado a través del lunfardo.

En cuanto al aspecto genérico, se asiste a un fenómeno similar. Ya desde sus primeras producciones, Arlt pareció demostrar cierto interés por la reelaboración de formas altamente cristalizadas con fines indudablemente humorísticos. La carta abierta, el sermón, la crónica jurídico-policial, la epístola de perfil religioso, etc., son utilizadas para expresar contenidos extravagantes o describir tipos caricaturescos. De hecho, ¿qué otra cosa son extensos tramos de El juguete rabioso sino una experimentación con modos de la novelística picaresca tradicional? ¿Qué otra cosa es esa novela sino un singular ensamble de autobiografía, picaresca y novela de formación? Las mismas aguafuertes, en tanto novedoso cruce de registros referenciales y literarios, no escaparían tampoco a aquellas experimentaciones de hibridaje genérico.

Es notoria en esta narrativa una inclinación a tratar temas y personajes ubicados más allá de lo convencional y lo socialmente aceptable. En efecto, el tipo arltiano suele adoptarlos caracteres de la marginalidad. Hay en esta escritura una inclinación constante por dar la palabra a los desclasados; en cambio, aquellos que han hallado su lugar en la estructura social y están conformes con él —tal es el caso de los "tenderos" o de los

"pequeños propietarios"— son objeto de un sarcasmo feroz. Al respecto, resulta paradigmático un cuento como "Las fieras", donde el narrador (un cafishio) ejecuta —literalmente— su relato "desde abajo", desde las profundidades del sistema social, a manera de una confesión dirigida a la mujer amada y perdida. La voz de un marginal describe a otros marginales y sus actos más atroces de igual a igual. Esa mirada interna —acaso comprensiva— contrasta con la otra, vuelta hacia afuera, que a través de la vidriera de un café mira sin ver pasar "mujeres honradas del brazo de hombres honrados".

El rasgo convencional y conformista es lo ajeno por excelencia a la literatura de Roberto Arlt. El fantasma de la caída o la certeza de no pertenecer a ningún lugar socialmente definido determinan a muchos de sus personajes. De ahí también la importancia de las que podríamos denominar geografías del tránsito y la marginación: el galpón, lugar del inventor amateur, posee un matiz de clandestinidad respecto de la ciencia como institución; el calabozo, el hospital, el prostíbulo como lugares de castigo, ocultamiento y encierro, son espacios negados por la sociedad, "invisibles" pero a la vez de naturaleza curiosamente paradójica, ya que en su interior las máscaras caen y la simulación hipócrita "de afuera" queda al descubierto; la pieza de hotel o de pensión, lugar transitorio por naturaleza, se asocia al baúl, ese otro elemento de la transitoriedad y el "homo erraticus", el tipo ciudadano tan caro al imaginario arltiano, el hombre solitario y cínico que carece de una familia y un hogar. Resulta esperable, entonces, que esos seres sin lugar fijo guarden hacia las instituciones sociales la actitud de desconfianza y rechazo que sólo despierta aquello ajeno, incomprensible o, simplemente, inaceptable. Por ese lado deberíamos leer el tópico de la revolución: la anarquía arltiana acaso tenga más de angustia existencial que de mera propuesta política; encontrar un lugar y darle sentido a la existencia ("hacer algo de la propia vida") parece ser el móvil de estos antihéroes.

En la serie de aguafuertes que integran el presente volumen, el. blanco de la sátira arltiana se constituye fundamentalmente en los rituales menores que rodean las relaciones entre hombres y mujeres; el noviazgo, el amor a primera vista, la castidad de las novias, el matrimonio, etc., forman parte de esos centros o "nudos" que su escritura tiende a desenmascarar. "Afinar y desviar sensiblemente" nuestra lectura de los textos ya consagrados de Arlt justifica ampliamente el rescate de estas páginas.

Guillermo García

DESPEDIDAS

Noches pasadas, despidiendo a un amigo en la estación del Pacífico, me tocó ser testigo de una escena singular que me ha hecho pensar que con ella y otra que recuerdo, puede hacerse una nota.

He aquí el asunto:

Un hombre y una mujer. La mujer treinta años; él catadura de viajante, o de vago, o quizá de algo peor. ¡Vaya a saber lo que sería! El caso es que discutían. El, como decimos habitualmente, aguantaba la mecha, mirando los minutos que faltaban para salir el tren. La mujer lo recriminaba. Yo comprendí que lo recriminaba, porque todos los hombres tenemos una cierta sonrisa cínica cuando una mujer nos dice, con lágrimas en los ojos, que somos unos canallas o unos pilletes.

¿Por qué uno sonríe así? No me lo podría explicar. Pero basta que una mujer comience a tomar un asunto por el lado trágico, para que uno sienta enormes ganas de reírse; no de ella, sino de lo ridículo del papel que se está haciendo frente a gente que pasa que abre la boca y mira con ojos asombrados, como si fuera un crimen hacer llorar a una mujer.

Por fin…

Bueno; el caso es que la desconocida lloriqueaba, y el desconocido se limitaba a decir esas frases baladíes que son obligatorias, cuando uno consigue sacarse un cataplasma de encima. Sí; yo veía eso en la actitud del desconocido; esa satisfacción semioculta, y que la mujer adivinaba; y adivinaba tan bien, que de pronto comenzó a mover la mano, a decir cosas que me jugaría la cabeza, eran así:

—Vos sos un sinvergüenza. Vos me prometiste esto, y ahora te vas. Te vas y yo me mataré. Sí; yo me mataré. No volveré a querer más a nadie…

—Pero, querida; si te matas, ¿cómo podrás querer a otro…?

—Callate; sos un cínico… El hombre más despreciable que he conocido…

—Entonces, trataste a varios…

Como se comprende, un diálogo de esta naturaleza, no puede prolongarse mucho tiempo sin que una mujer no amenace con un desmayo o un escándalo. Y de allí que el desconocido sonriera. Sonriera con una sonrisa dolorosa, jovial, ciniquita, mientras que su mirada decía, más o menos:

—Ya ven ustedes; no tengo la culpa… Pero, ¿qué se le va a hacer? Las mujeres son así.

Cuando, al fin, las últimas pitadas del guarda anunciaron que el tren salía, el hombre respiró. La mujer Comenzó a llorar a lágrima viva, mientras que, aprovechando el paulatino movimiento de los coches, el hombre lanzaba unas definitivas mentiras de consuelo. Pero ella, sin responder, volvió la cabeza y yo alcancé todavía a ver el semblante del hombre cuando sonreía en él aliviador alejamiento.

Un beso

Una escena de la que no me olvidaré nunca, y eso que han pasado varios años, fue ésta:

Me encontraba en un vagón del convoy que va de Córdoba a Río Cuarto. Faltaban tres minutos para la salida del tren, cuando llegó una cupletista que había estado trabajando en un teatro de esa ciudad. La acompañaba el administrador del mismo, y de pronto, delante de todos los pasajeros, el hombre tomó la cabeza de la mujer y le dio un beso; pero uno de esos besos largos, desesperados; un beso donde se adivina el lanzamiento del alma en una caricia definitiva. Todos los pasajeros nos quedamos perplejos, bajo una impresión casi dolorosa.

Luego el tren partió…

Cuarenta y ocho horas después, en Río Cuarto, estando en un café, tomo un diario del día anterior. Leo y de pronto quedo inmóvil. A tres columnas, el periódico traía la noticia del suicidio del administrador del teatro donde había trabajado la cupletista. Dejé el diario, y me quedé pensando. Ahora se explicaba ese beso. El hombre, al concurrir a la estación, sabía que era la última, la última y definitiva vez en que miraba y besaba ese rostro que quizá por cuantas tierras más aún iría esparciendo su vida fácil y musical.

Y de pronto, ese espectáculo tomó tal vida en mi imaginación, que durante mucho tiempo no pude apartarlo de mis cavilaciones. Había asistido a los últimos momentos de un suicida, de un hombre que se mató sin dejar una línea escrita y que, sin embargo, no tenía aparentemente motivos para matarse.

Tristeza de las despedidas

Y es que no hay nada más triste que las despedidas. En ciertas estaciones y épocas del año, sobre todo.

El que se queda. El que se va.

El acompañamiento que trata de hacerle livianos los últimos momentos a un enfermo en la estación. La muchacha que sale para las sierras. Las amigas que la miran, entre consternadas y curiosas, los desconocidos que pasan y se detienen a observar un rostro bañado de lágrimas. Silbato de los trenes que entran y salen; tumulto de gente; escapes de vapor que son como un himno de vida fuerte, mientras el pobre ser humano arrinconado en su asiento comprende que la vida se escapa de sus esperanzas.

Tristezas de las despedidas entre grandes trazos de sombras y luces verdes y rojas; pañuelos que sacuden resignadamente brazos oblicuos; cabezas que se asoman por la ventanilla hasta que el convoy desaparece en las brillantes curvas del riel, que es lo único visible en las tinieblas de la noche; farolito que oscila un segundo y centellea. Y luego, sombra, más ruido, más luz, más estridencias. Y la vida que continúa su ritmo de siempre…

(El Mundo, 21 de marzo de 1929)

MUJERES DESPUÉS DE LOS VEINTISÉIS AÑOS

¡Qué lindas las mujeres de veintiséis años, que aún no se han casado ni tienen novio!

¡Qué lindas y que afinadas son! Más que mujeres parecen brasas cubiertas de una fina película de ceniza. Se consumen lentamente y todos sus gestos tienen lentitud de cansancio: el cansancio de haber esperado inútilmente.

¡Qué lindas las mujeres de veintiséis años, que aún no se han casado ni tienen novio!

La tristeza

¡Con qué tristeza miran a las jóvenes esposas que pasan con una criatura en los brazos! Los ojos se les vuelven sin querer, y miran alejarse a las desconocidas que cumplieron su destino, con un pesar que les ensombrece la ojera, y torna más luminosa y ambigua la luz de la pupila.

¿Y los casamientos? Yo he visto, en la noche, mirando el coche blanco de azahares, a puñados de chicas que esperaban «la salida de los novios». Y las que eran jóvenes se

alegraban, pero las que cruzaron los veinticinco años, miraban con ansiedad, recogidas en el convencimiento de que esa prodigiosa aventura nunca, pero nunca, les ocurriría a ellas.

Y cuando el cortejo nupcial desaparecía, y las luces se apagaban, y el sacristán de la iglesia cerraba las puertas, ellas, las muchachas solteras se alejaban despaciosamente sin hablar, sumergido el pensamiento en cavilaciones de «lo que no fue».

Y esta pena…

Y esta pena es la que las embellece, volviéndolas pálidas y dejándoles en las manos esas transparencias monjiles de las mujeres enclaustradas.

Porque hay un momento que en ese otoño alcanzan la plenitud de su madurez. Los ojos les brillan como afiebrados, la epidemia adquiere como una especie de luz de nácar, los cabellos parecen tallados en ondulosidades de plomo, y, al caminar, lo hacen con una agilidad extraña. Saben que en esos momentos son lindas irreparablemente pero también saben que esa hermosura es el último fuego del crepúsculo, que ello pasará y luego quedarán convertidas en tristes mujercitas esas muchachas de blusa de tela livianas y espalda algo encorvada que, cuando oyen hablar de amor, sonríen escépticamente y tratan de desviar la conversación.

Hasta los veinte años

Hasta los veinte años fueron las mozas absurdas y pretenciosas que adornan todos nuestros barrios, las muchachas del «¡ay!», y del «no, querida», y del «sí, preciosa». Tuvieron novios, pero uno porque no era elegante, el otro porque «tenía un no sé qué», el tercero, porque no ganaba suficientemente. El caso es que, sintiéndose fuertes, no quisieron casarse esperando algo mejor.

¡Lindas almas de piedra, y magníficos corazones de corcho! Se sentían tan lindas, que el querer era para ellas como para un avaro regalar su fortuna a un miserable; y ese mismo convencimiento las embelleció tanto, durante algunos años, que nadie las aguantaba ni veinticuatro horas.

Luego el tiempo pasó.

¡Y cómo pasó! Volando. Tan rápido, que se encontraron más allá de la línea, y entonces quisieron reaccionar, pero era tarde, tan tarde que ahora me explico esta alegría de la que fui testigo.

Una noche de Carnaval; estaba yo junto a la vidriera de un café. A ella la habían dejado sola con el festejante. Los dos sumarían sesenta años. Terminado el corso, vi en el rostro de la muchacha crepuscular, una alegría terrible, de pronto se acercaron la madre y una tía, entonces la muchacha dijo, mientras el novio caminaba adelante, pavoneándose de la conquista que hiciera:

—¡Ya se produjo!

En ese «ya se produjo» resonaban todos los tonos de la impaciencia, de la ansiedad, de la espera. ¡Por fin el otro había fijado fecha!

Y la madre se enderezó de alegría y la muchacha corrió a tomarlo a su prometido del brazo; y yo, sin poder dejar de sonreír, me dije «¿Cuántos meses, cuántos años haría que esa honesta doncella, esperaba salir de ese infierno de soltera que se tradujo a través de esa expresión rotunda, magnífica?

—¡Ya se produjo!

Era como quien anuncia el resultado de una operación quirúrgica, un parto feliz, un experimento fantástico; algo que parecía imposible y que a última hora, estallaba magníficamente. Y volví a decirme, para mi coleto:

—¡Cómo lo vas a cuidar a tu novio ahora! ¡Qué fina, qué perfecta, qué acertada estarás en todo! Porque te pareces a un náufrago, que lanza al aire su último cohete, mientras que el barco pasa en la oscuridad. Si falla esa señal…

Por eso…

Por eso son tan lindas las mujeres crepusculares. Lindas y tristes. Parecen ataviadas para una última fiesta; les quedan tan pocos años para salvarse de la soledad, que nunca como entonces, fueron tan comprensivas, tan finas, tan perfectas. Hablan en música y miran en melodía. Son flexibles como sauces y tienen el tacto de los insectos de grandes antenas, que caminan en un tal suspendido sobre el agua sin hacer temblar la sombra.

Por eso son tan lindas. Y es que están jugándose el futuro. Y los naipes son tan escasos que, a la menor equivocación, pierden la partida. Por eso, la desconocida de aquella noche exclamó, radiante, rojo el semblante de su alegría definitiva:

—¡Ya se produjo!

Y la frase me gustó por gaucha, y por porteña.

(El Mundo, 4 de marzo de 1929)

HOY HABLEMOS DE LAS POETISAS

Una lectora, que firma con el seudónimo de «E la de Buenos Aires», me escribe una carta preguntándome por qué no me he ocupado todavía de las «poetisas» que «tienen bastante con ornamentar la sala familiar y borronear las páginas de los álbumes de sus amigas».

Y a continuación me dice, muy sesudamente:

«Se nos señala un libro, y cuando acudimos a él, volvemos a encontrar las composiciones de sexto grado de la escuela primaria, o el idéntico voceo erótico y llorón que ya nos sabemos de memoria por haberlo leído desparramado en las revistas, no muy severas en lo que a selección se refiere.»

Y mi colaboradora se lamenta de que un nuevo Moliere no fustigue las ridiculeces de estas damiselas que son muy «laidas»…; aunque yo recuerdo, precisamente, que una poetisa ocupó un muy hermoso capítulo en el libro «Los pájaros de barro», de Santiago Rusiñol.

La poetisa en nuestro país

En nuestro país no se registra ningún caso de poetisa obesa o que llegue a los cien kilos. Todas son espiritadas o flacas. En otras épocas, debido a la escasez de periódicos, estas encantadoras rimadoras colaboraban exclusivamente en las postales, en los álbumes y en los abanicos, y la que se atrevía a lanzarse hasta el concurso de un juego floral, era, no la heroína de la familia, sino el escándalo de la tribu y pasaba a ocupar la categoría de incomprendida; y como incomprendida no leía la novela de «Oscar y Amanda», ni «Flor de un día», ni «Espina de una flor», sino, que lanzándose en el mar de las consonantes, se olvidaba de la realidad, pergeñaba cuartillas más cuartillas y, como la protagonista de «Pájaros de Barro» terminaba casándose con un honesto fideero.

La poetisa, hoy

La poetisa es hoy una especie de enfermedad nacional. No hay pueblo de campaña, diario de villorrio, periódico de parroquia que no cuente con una o dos colaboradoras que firman con nombres campanudos de tan poéticos, y más que campanudos, sonorosos.

Estas damas comienzan colaborando en el periódico de parroquia. Envían una composición. El dueño del periodiquito semanal se ve en este trance: perder el subscritor o publicarle a la hija de éste un poema, y, como siempre, la publicación va ganando no tan sólo el subscritor, sino la venta de varios ejemplares que la poetisa adquirirá de su propio peculio; el verso sale. Y sale con una orla y dos amorcitos en el frontis de la orla; dos amorcitos volando como palominos; y a lo largo de la orla unas trepadoras que pueden ser cualquier cosa botánica y al pie el nombre de la autora, que si se llama Ester, el linotipista precavido, por orden del director escribe así: «Esther», lo cual resulta más elegante y prestancioso.

Sale el verso y se echó a perder un miembro de la familia del honorable ciudadano subscriptor.

Trabajos poéticos

Alégrase con la salida del esperpento hasta la cocinera de la casa; rezongan iniquidades los parientes envidiosos, y la chica, para agregar lustre a la familia, comienza a prepararse para poetisa.

El primer paso de esta preparación es dejar que las hermanas, carguen con los trabajos de la casa; porque ellas no «tienen preocupaciones poéticas»; el segundo, es versificar hora tras hora, buscando consonantes absurdos y escribiendo versos, que salen más tullidos que un modelo de casa ortopédica.

Para eso, la mocita se refugia en un cuarto de la casa, munida de una resma de papel de envolver pan. Los lienzos son vastos y allí puede volcar su inspiración hasta un poeta centroamericano, que son los de tiro más largo. Y escribe. Y para recibir una «impresión sincera» le lee los versos a la cocinera que espantada de la musiquita de «bella con estrella» y de «amor con flor», se toma la cabeza y dice que son muy lindos, porque ella recuerda que en su pago los versos de «relaciones» terminaban así también, «flor con amor» y «bella con estrella».

Y la familia de la poetisa se espanta más, porque dice que si la cocinera, que es tan bruta, entiende y se emociona con los versos, ¿qué es lo que le ocurrirá a la gente civilizada cuando lea los «elucubros» de la mocita?

Y otro poema sale en dirección de la casa del director del periódico, que so pena de perder el subscritor, se resigna y publica el bodrio. ¡Qué diablos! El cuida su periódico que es el pan, la yerba, el puchero y el café con leche de todos sus días y toda su progenie.

Y no sólo lo publica el verso, sino que le agrega unas líneas. Y todas las semanas aparece desde entonces un poema, firmado por Esther, así, con h.

El libro

Al aparecer la composición numero cuarenta, la poetisa las recopila, busca editor, sale el libro, los elogios y todo lo demás. Luego, el problema fundamental reaparece: ¿Con quién se puede casar? Ella es poetisa; no se va a casar con un empleado cualquiera, que del día a la noche la mandará a fregar platos y remendar calcetines; y entonces la poetisa emprende la busca del ideal. Sueña en un poeta, pero el primer poeta que conoce le sale un pillete; el segundo es un truhán, el tercero escribe en prosa. Este le inspira más confianza; pero el primer día que el prosista va a su casa se lleva las cucharitas, y la familia desengañada de los literatos, no quiere saber más nada con ellos.

A los treinta años la poetisa desearía ser una vulgar ama de casa; estar casada con un buen señor que no entienda de versos, sino de cuentas; y en vez de ser autora de tres libros, que no lee nadie, ser la editora exclusiva de algunos purretes.

Pero ya es tarde.

(El Mundo, 24 de enero de 1929)

ALGO MÁS SOBRE LAS POETISAS

Un señor, que firma con el pseudónimo de Hoyo de Córdoba, me escribe una carta kilométrica, donde, después de un exordio respetable, me dice:

«Yo, como cualquier mortal, tengo una novia (¿qué le vamos a hacer? ¿Algún día hay que entrar!), y para mayor desgracia mía, escribe, sí, es-cri-be, como lo oye. Si sólo escribiera, me consolaría; pero el caso es que lo único que hace es gastar papel y obligarlo a uno (yo) a escuchar la lectura de esos versos románticos. Usted puede aliviarme diciendo

que «recién empieza». Tiene razón y por eso yo tolero a la poetisa x, que es incipiente. Pero el caso es que a mi novia la tengo presente en carne y hueso, y a la otra, u a las otras, las leo, y si no me gustan, las tiro; pero a ésta, ¿cómo le saco el berretín verseador de la concavidad encefálica? ¿Quiere decirme mi buen amigo, cómo tengo que hacer para no morirme de encefalitis letárgica, quiero decir, poética? Y si le escribo a usted es porque ella me lo pidió, pues se sintió ofendida en su humanidad de poeta con los saetazos de su pluma. Yo festejé el acontecimiento (tanto es así que le escribo); pero al final no puedo menos de sincerarme con usted y aplaudirlo por su campaña moralizadora de presuntos poetas o poetisas, o lo, que es peor, con pretensiones de serlo.»

Donde continúa el lector

Después de esto, el ciudadano novio termina pidiéndome que sea algo así como intermediario entre los malos versos de la novia y él, con estas palabras:

«Haga el favor, amigo Arlt, a ver si le saca de la pensadora a mi novia esas absurdas ideas de verseadora. Escriba algo a ver si se le van esos berretines, que se lo agradeceré, mientras viva. «

Es deber de un buen cristiano

Es deber de un buen cristiano ayudar a su prójimo cuando está en la estacada, y como el problema que me plantea este lector desconocido, remoto y socarrón, es interesante, volveré a ensañarme nuevamente en esta polilla de las costumbres y en estas rémoras del arte, que son las poetisas.

Toda poetisa tiene esta costumbre, que ya es sintomática en el gremio femenino:

Así cuando se les dice que son lindas (y no lo son), ellas insisten en que son feas (y es cierto) para que se lo digan otra vez, así todas las poetisas: en cuanto se lanzan a la vida poetesca, dicen que escriben mal; que las disculpen; que otra vez lo harán mejor. Y lo más grave es que la primera vez dicen la verdad, y la segunda vez que escriben faltan a la promesa que por primera vez hicieron; pues reinciden, con el agravante de la premeditación, y pecan con la certeza de que están haciendo una barbaridad de la que los otros no se darán cuenta.

Y como bien lo han estudiado los teólogos, cuantos más crímenes poéticos cometen estas madamitas, más se les endurece el «cacumen» y menos accesibles son al remordimiento, de manera que dado el primer paso en el arte del ripio, ya no las detiene ni Dios, y versifican a troche y moche, sin un mínimo de compasión para con sus semejantes.

Lo que puede salvar a una poetisa

El único remedio que puede salvar a una poetisa incipiente y ternezuela es el casamiento, es decir, pasar por uno de los cuatro y sagrados sacramentos. Este sacramento ha salvado a muchas almas de la perdición, y es tan fuerte y de tan beneficiosos efectos, que por refractaria que sea una poetisa al remedio, en el noventa y cinco por ciento de los casos cede, y ya no vuelve a acordarse de la literatura; como no sea de la literatura doméstica que consta de estas obras ejemplares y utilísimas, como ser «Manual de la perfecta ama de casa», «Manual de la cocinera» y «La médica de su casa».

Remedio

Como en toda cura, hay un periodo en que la enfermedad se reagrava, después del casamiento la crisis poética parece que se intensifica; la poetisa promete a su flamante esposo varios volúmenes de versos, y escribe algunos todavía, que son como chisporroteos de una lámpara que se va a apagar; pero ella no lo sabe.

Todo marido prudente debe pasar por alto estos versos «post luna mielescos», aunque no deja de ser halagador que una poetisa le escriba a uno (quiero decir a su marido) versos en que pone por las nubes sus bigotes, sus cabellos y otras prendas de vestir. Pero a medida que pasan los meses, el fervor poético se entibia, y cuando aparece un hijo, la poetisa ya no se acuerda más de los sonetos y de los alejandrinos, sino de los pañales que hay que poner a remojo y del biberón del inocente, que clama como un salvaje por su leche.

Estas ocupaciones sanas y activas quitan a la más recalcitrante ripiosa las ganas de insistir.

Si insiste

Si, a pesar del purrete, del biberón, de las enfermedades de aquel, de la cocina, de los calcetines que tiene que remendar, de los fondillos del pantalón que tiene que cambiar y todas las pejigueras domésticas, la poetisa insiste en escribir, aunque, además, tenga un hijo cada año, al cabo de cuatro años es seguro que esa digna matrona no toma más la pluma, como no sea para anotar la verdura que dejó el muchacho de la esquina y la ropa que se llevó la lavandera.

Pero si con todo, es decir, con los cuatro purretes y los ocho dolores de cabeza y las diez y seis broncas que arman los menores y las treinta y dos maldiciones que usted larga al llegar a su casa y no encontrar las cosas hechas, la poetisa continúa escribiendo, entonces…, entonces déjela escribir hasta que se canse, pues aunque usted consiga para padrino de su prole al presidente de la república, ella continuará pergeñando papel, y a lo mejor es un genio, quiero decir, una «genia», y con las «genias», no hay nada que hacer.

(El Mundo, 28 de enero de 1929)

LA MADRE EN EL BALCÓN

Tengo un balcón desde el cual carpeteo el espectáculo del mundo y, sobre todo, el que ofrecen mis vecinos.

Me divierto mirándolos y estudiándolos en sus costumbres, como si fueran pequeños animalitos, y por cierto que en su mentalidad no deben estar muy lejos de los tales.

Abajo, por ejemplo, vive una mocita soltera que linda por los veinticuatro o veinticinco años. Esta es de aquellas señoritas que en verano tienen las manos frías y en invierno no consiguen dormirse si no les colocan al pie de la cama una caldera yarrow que, los que no han estudiado mecánica ignoran, son las grandes calderas de la marina. Esta señorita glacial, rubia y aburrida, encarna el prototipo de las mujeres que se las componen admirablemente para amargarle la vida al ciudadano más impasible, el día que se casan. La pobre me mira; atención de la cual no puedo enorgullecerme, porque si yo fuera tuerto, cojo y manco, me miraría lo mismo. Al segundo día de reconocerme, cambió de vestido; al tercero, casi me sonríe y al cuarto, yo ubiqué mi silla en el balcón mirando en dirección contraria, porque no quiero complicarme la vida, y esas muchachas de tipo angélico, frigorífico y tordillo, al llegar a los veinticuatro años, son terribles armas de combate. El hombre prudente debe huirlas sistemáticamente, cuidarse de ellas como de la peste, y no acercárseles ni para preguntarles en dónde queda una calle o la farmacia, porque si no se

enrieda, le presentan a la madre porque «es correcto que así lo hagan», y al padre por amistad y a los hermanos porque como son hermanos, tienen curiosidad de conocerlo. Tal es mi vecinita del piso bajo, a quien Dios tenga en gloria terrestre.

Mi otra vecina

Esta ya es distinta. Tiene novio. El novio es un sujeto robusto, una sólida cabeza, anchas espaldas, el perfecto tipo del buen mozo con la normal cantidad de glóbulos rojos indispensables para hacer feliz a la heredera de una señora gorda, con pinta de hipopótamo que buchea agua, y que tal es por su facha, la madre de la infrascripta.

Este noviazgo me divierte extraordinariamente por la vigilancia de que lo hace objeto la madre.

La novia es robusta pero tiene la barbilla aplastada y los labios finos, lo cual le concede ese perfil que encontramos en los medallones de los emperadores romanos, que se caracterizaron por crueldad y tacañería. Mirándola se adivina en ella toda la mezquindad de la hija de familia que amasó unos pesos con infinitas economías. Es sordamente violenta, obstinada. Observándola se comprende que en cuanto se case y tenga un hijo, se convertirá en una de esas matronas de carne dura y gesto mandón, que cuidan los centavos con la diligencia de un usurero, y el encerado del piso con el fanatismo lógico de la descendiente del destripaterrones.

La madre vigila este noviazgo con un encarnizamiento pavoroso. Si los novios se dirigen al balcón, ella está allí; si los novios entran, la funesta vieja desaparece. No los pierde de vista, y cuando cruza los brazos sobre la pañoleta y mira a la calle, se intuye que estira la oreja para no perder ni una sola de las palabras que ellos se dicen.

El novio, que es robusto y vigoroso, debe pasar las de Tántalo. No come ni bebe. Todo el trabajo es de sonrisa y jarabe de pico. Su sonrisa es bastante estúpida, y su conversación se me ocurre que gira en rededor a lo que pasó y dejó de pasar en su oficina, porque tiene la frente lo suficientemente estrecha como para no dejar de justificar semejantes presunciones. En síntesis: es una magnífica bestia, que va al matadero, quiero decir, derechamente al Registro Civil.

La madre, implacable, levanta la guardia. ¿Que la pareja está tres horas en el balcón? Pues ella inconmovible allí. Si se va la madre, como por juego de mecanismo, entra en

escena la hermana; una hermana mayor, con peinado de oreja de perro (aunque parezca mentira) y agriada por un celibato que no condice a todas luces con su temperamento fogoso.

El buen mozo sonríe con una sonrisa de hombre que ya no da más. Observándolo me pregunto cómo es que ese hombre resiste; qué razón metafísica actúa allí, impidiéndole tomar a la vieja por el cuello y tirarla a la calzada. A momentos dirige una mirada impaciente hacia la funesta anciana; pero ésta, como si tal cosa. A veces, se sientan y como el balcón tiene dos puertas, colocan las sillas entradas, de modo que apenas se les ve el perfil; pero entonces, la señora se corre más al centro, como para no perder de vista lo que pudiera acontecer entre dos sillas, y hasta yo, que no tengo ". nada que ver en el asunto, siento espantosas sensaciones de gritarle alguna cosa a la vieja desde el balcón. De decirle que no sea criminal. Pero, reflexionando me he dado cuenta que la madre y la hija son cómplices en este asunto, porque la muchacha no parece ". mayormente enamorada del tipo. El sujeto debe ser un buen partido, nada más; y entonces, se lo trata con todas las de la ley.

Tales son mis vecinas, a quienes con toda urbanidad, evito de saludar.

(El Mundo, 1 de enero de 1933)

CARTA DE OTRA MADRE

Y con ésta van dos.

«Estimado señor Arlt:

Le escribo con la sangre hirviendo de indignación. Ocurren en nuestro barrio, en una casa de nuestro barrio —hasta ayer tan respetable— sucesos que no tienen nombre y en las cuales la policía se inhibe de intervenir porque objeta que no son inmorales ni mucho menos, pero es necesario que usted juzgue y opine.

Hace como un mes se mudó a un cuarto a la calle, un joven que por su aspecto y vestimenta parecía una persona decente. Rápidamente nos informamos (esto sin propósito deliberado de nuestra parte) que se trataba de un señor separado de su esposa, y no le dimos ninguna importancia a ese hecho, porque al menos yo, por mi parte, soy una mujer liberal y jamas me opondría a que mi hija se casara con un divorciado. No. Supongo que usted opinará lo mismo. (Así es, señor).

Como se trataba de un hombre joven y no mal parecido, no dudo que algunas señoras con hijas casaderas hicieran sus proyectos. En fin, todas comprendíamos a tono, qué amarga debe ser la vida para un hombre decente, que del día a la noche carece de hogar, y estoy

segura que ninguna de nosotras hubiera dudado ofrecerle su casa y amistad, si del día a la noche no hubieran ocurrido unos hechos extemporáneos, que nos demuestran que ese caballero es un perfecto sinvergüenza, y un cínico de siete suelas. Así, como lo oye, señor Arlt.

Un buen día ese señor aparece en el balcón de su casa con una señorita. Mi hija mayor, que no quiere casarse, porque le tiene horror al matrimonio, me avisó enseguida, y yo con disimulo, me asomé para ver. No quise darle importancia a la cosa y dije:

—Mira, mi'jita… Esa señorita debe ser una hermana de ese caballero.

Y lo hubiéramos creído señor Arlt, créame, lo hubiéramos creído, si en el término de una semana ese señor no se hubiera aparecido con siete señoritas de cara distinta. Y aunque soy un poco pesimista, le dije al novio de mi hija, un joven corto de genio, pero muy respetuoso:

—Puede ser que todas esas señoritas sean hermanas.o parientas; pero el sábado se colmó la medida, al aparecer el tipo en el balcón con una negra. Sí, con una negra que al ver pasar a un vendedor de helados lo.llamó con desaforados ademanes. Y desde ese día la vida es imposible, señor Arlt. Ese caballero parece que se ha propuesto burlarse de todo lo que fundamente la vida de la familia cristiana y timorata de los mandamientos de Dios, y se aparece en la ventana con esas indecentes sujetas, y cocina… así como lo oye… cocina en el balcón de su casa, y tira a la vereda las cascaras de banana.

Como el balcón tiene un pasamano de mampostería, cuando llega una de esas desvergonzadas, el tipo instala un calentador Primus allí y los tarros de azúcar y yerba, y riéndose a carcajadas con sus compinches, seban y toman mate.

Nosotras no terminamos de hacernos cruces. Mi hija mayor, la que le tiene horror al matrimonio (y ahora más que nunca), quiere que nos mudemos de casa; mi otra hija, que está de novia con el joven corto de genio, se espanta ante tamaño mal ejemplo por temor a que se le despabile el novio, y como nada se imita más prontamente que los malos ejemplos, comparto su temor. Y me decía la señora de otro balcón, una viuda muy respetable que tiene dos o tres niñas que son una monada, que no se atreve a dejarlas asomar, porque ese caradura, ¡vaya a saber lo que es capaz de hacer!

En honor a la verdad, porque la verdad es, ante todo, lo que hay que respetar, le diré que ese tipo no se mete con nadie en el barrio, pero su conducta nos hace suponer que se burla de todos nosotros con su aparente seriedad, porque, con la mayor desfachatez, sale a la

calle con sus distintas amigas, las acompaña tomándolas del brazo, y luego se vuelve solo, sonriendo con una sonrisita que da ganas de matarlo a palos.

Otra señora, que es amiga de la esposa del comisario seccional, le pidió a éste que interviniera, pero parece que es imposible: el sujeto es dueño de hacer asado con cuero en su balcón, siempre que no incendie la casa, o de presentarse con todas las negras de África, siempre que guarden la compostura debida.

De manera, señor Arlt, que nosotras estamos condenadas a un espectáculo bochornoso. Para colmo, ese señor tiene una amiga que fuma como un turco, y nada hay que dé más grima que ver a esa perfecta desvergonzada echando humo por la nariz, mientras que el novio de mi hija se rebulle, inquieto, en su silla y la honesta viuda tiene que empujar a sus pollitas para adentro, para que no se les contagie el deletéreo ejemplo.

En fin, señor Arlt, nosotras vivimos en vilo; no sabemos si mudarnos o si ofrecerle al tipo el importe de la mudanza, para que se vaya a otro barrio a cometer sus fechorías. ¿Qué nos aconseja usted?»

(El Mundo, 5 de enero de 1933)

REGALOS DE BODA

En el preciso momento en que estaba ordenando mi equipaje (dos valijines de mano y un perramus), me acordé de que uno de mis lectores me había hecho un llamado angustioso. Soy demasiado humano para dejar que se pierda en la inmensidad de esta urbe un S.O.S. Y este pedido de auxilio merece, por lo menos, que se le arroje, sino un cable, un simple piolín en carácter de consejo.

La carta con el S.O.S., está firmada por «El náufrago». Como verán mis lectores, el piolín corresponde a lo que se me pide.

El que escribe es, según el mismo lo admite, un ciudadano casado civil y religiosamente; es padre de dos hijos y propietario de la casa donde viven él, su esposa y su reducida prole. Su pedido de socorro se basa en que, obligado por las circunstancias, pasó un momento de inolvidable debilidad. Cuando él se casó, sus relaciones le hicieron muchos regalos de boda. Y ahora que este señor náufrago pertenece al gremio injustamente vilipendiado de los casados, se ve en la obligación de enviar, a su vez, regalitos de boda a todos los amigos suyos y de su esposa que se casan.

¿Para qué se casó?

El hombre parece estar desesperado, a juzgar por los términos de su carta. Asegura que, desde que se casó, ha tenido que contribuir nada menos que con ¡diez y ocho regalos de boda! ¿Para qué se casó? Los novios, cuando son novios y se olvidan de que algún día serán marido y mujer, especulan, antes del casamiento, con los regalos que van a recibir. Yo he conocido parejas de novios que llegaban hasta insinuar a sus relaciones la clase de regalitos que necesitaban.

Una batería de cocina, no estaría de más… Una plancha eléctrica nos vendría de rechupete… ¡Qué bien quedaría nuestro nidito de amor con un fonógrafo! etc., etc.

Los más entusiastas en hacer regalos de boda son los mancebos y doncellas que están de novios.

Gastémosnos unos cuantos pesos en regalarles algo a Fulanita y Menganita, así cuando nos casemos harán un lindo regalo —se dicen.

Se prohibe mandar regalos

Yo creo que así como en ciertos entierros se prohibe mandar coronas, en determinados casamientos se debiera prohibir enviar regalos. Todo el mundo se sentida feliz; se economizarían muchos pesos y ganaría la estética de ciertos hogares. Desaparecerían los centros de mesa cursis, los «jarrones artísticos», las mayólicas y los «petit bronces» mamarrachos. La plata, por ejemplo, podría gastarse en mayor abundancia de masitas y de sanwiches, de licores y cigarros. Porque nadie ignora que los invitados a una boda no acuden a ella precisamente a contemplar la serie de regalos baratieri que suelen exhibirse en una estantería pomada con papel de barrilete, sino a beber, a comer la fumar en abundancia.

Venda la casa o compre un bazar

El «náufrago» hace cálculos terribles. Como todavía no ha pagado la casa (la paga por mensualidades) llega a esta conclusión: 18 regalos de boda a unos doce esos por regalo, significan la bonita suma de $ 216. Y agrega en tono melancólico: «¡Cuatro mensualidades de la casa!»

Tiene razón. El hombre debe pagar las mensualidades del rancho, si no, lo rajan. Veo, entonces, que lo que a este ciudadano tan cargado de amistades le conviene es poner un bazar. Así podrá hacer los regalitos a precio de fábrica.

Hay que abolir el regalo de bodas

Pero contemplando este asunto desde el punto de vista serio, o trágico, como lo considera el «Náufrago», hay que realizar toda clase de esfuerzos tendientes a abolir esa perniciosa y costosa costumbre.

Para ello ya he sugerido la mejor manera. Se agregará a las invitaciones del casamiento esta leyenda: «Se ruega no enviar regalos». Pero como hay algunos regalados que esperan ser regalados en otra oportunidad, los novios se harán de coraje y, mediante una misiva amable les devolverán los centros de mesa, las estatuitas fuleras y los jarrones «Art Nouveau». Para tener este gesto hay que ser corajudo.

Señor «Náufrago». Su situación sólo tiene un remedio: tírese a muerto; no mande nada. Naturalmente que sus amistades le sacarán el cuero, lo deshollarán vivo, le darán fama de amarrete, le echarán en cara alguna lamparita eléctrica con pantalla rosa; dirán que es un avaro, un ingrato, un… (Disculpe, no puedo escribir lo que me figuro que le dirán). Pero no afloje, señor. Sólo hay dos caminos: o paga las mensualidades o hace los regalitos y lo ponen en la calle. Y si pasa esto ya me lo veo a usted y familia con todo el mobiliario en la vereda, resguardando de la lluvia un cubrecama celeste que le regalaron cuando usted se casó, los esposos Tongoletti…

(El Mundo, 12 de marzo de 1930)

UNA POBRE MUJER

Venía dispuesto a escribir sobre este corso «rasposo» y he aquí que sobre mi mesa encuentro varias cartas, —incluso una invitación para el baile del Club San Isidro, con la indicación de paga y que ha tenido la gentileza de enviarme un señor Raimond Remy, a quien desearía conocer para darle las gracias.

A continuación de esta carta, tropiezo con otra. Escrita con pincel. Es la de una pobre mujer. La leo y me quedo frío. Toda la alegría que había recibido en la invitación para concurrir a un baile, se me ha disuelto len este drama que consta de cuatro carillas

pésimamente escritas y sin ortografía, en la cual una mujer, una pobre mujer me pide que escriba sobre su caso, con la esperanza de que así su esposo, si lee la nota, enmendará el juicio y los tratos que para con ella tiene diariamente. Y nuevamente comparo. Avenida Alvear… Villa Soldati…

Avenida Alvear… Villa Soldati. Mi alegría se ha ido al diablo, me he olvidado del corso rasposo y del baile en el Club San Isidro.

El drama

Se trata de una muchacha trabajadora que cuando tenía diez y siete años dio un mal paso. Escribe esta mujer: «Luego no le vi más ni supe más de él y continué mi vida decente. Al contrario, aborrecía a los hombres y continué trabajando para ayudar a mi madre y a mis hermanitos. Pero un día llegó a mi casa a alquilar una pieza el hombre que es mi esposo y me vio tan trabajadora y de mi casa, que le agradé y yo, por mi parte lo llegué a querer con locura y hoy, si él me echa de su casa, como me dijo que lo hará, me…» Bueno eso no vale la pena de decirlo. Continúa así la dolorosa carta: «Me perdonó, pero a los pocos días empezaron los insultos y ya no me mira, yo me resigno a todo porque sé que no tengo derecho a nada, pero porque siempre deseo vivir un día más al lado de él, yo le sirvo igual que una sirvienta, no como una esposa, y el así también me llama, «sirvienta» (y esto es triste en la boca del hombre que uno quiere)… Señor hable algo en favor mío, le ruego que diga que la mujer que pecó, pero que se redime y trabaja honradamente para sí, merece ser apreciada como esposa.

Defiéndame para ver si consigue que entre la paz en mi hogar, que yo lo quiero mucho a él».

«La primera piedra»

Hay una maravillosa anécdota referente a Jesucristo. Y es maravillosa, porque nos pinta a Jesús hombre, no a un Jesús milagrero. Jesús hombre caminaba un día por las calles de cierta ciudad de Judea, cuando vio a una multitud que se disponía a apedrear a una mujer.

Se acercó y fue informado de que esa mujer iba a ser muerta a cascotazos porque había cometido el delito de adulterio. Jesús hombre miró en redor con sus tranquilos ojos; sabía que la ley judía era inexorable len lo que se refiere a esto, y el no podía colocarse fuera de la ley, pero tampoco, como hombre podía condenarla. Todos los aspirantes a verdugos,

ladraban injurias a la mujer que se había refugiado junto a Jesús, ¡pero el «rabí» era respetado y cada mano soportaba una piedra con impaciencia de tirarla. Jesús tenía que juzgar y condenar pero dentro de la ley. Nada de interpretaciones filosóficas. Nada de defensas. Juzgar dentro de la ley. Y Jesús hombre, miraba alrededor, con sus tranquilos ojos. Vio a la mujer temblando acurrucada a sus pies, y esa terrible sabiduría que concede la sinceridad absoluta, le dictó a Jesús estas palabras, que calmosamente lanzó al rostro del populacho:

—Quien esté libre de todo pecado que tire la primera piedra.

La multitud se desparramó silenciosamente. Nadie se atrevió a lanzar la primera piedra.

Y cuando Jesús hombre quedó solo con la mujer, la levantó y le dijo:

—Vete y no peques más.

Lo grandioso

Esta doctrina del perdón, basada en la convicción de que el hombre es débil y su instinto lo arrastra a veces a cometer actos que él aborrece en los demás, es lo que hace sublime la figura de Jesús aun para el ateo más recalcitrante. Cuando uno lee en el Nuevo Testamento esta anécdota de Jesús, comprende que El era un hombre grande. Y que la vida debía regirse por esas verdades simplísimas: «Amaos los unos a los otros. No hagáis a los demás lo que no queréis que os hagan».

Si Jesús viviera hoy y esta mujer que a mí me ha escrito se acercara a contarle su dolor con el mismo tono doliente con que me ha escrito su terrible carta, Jesús llamaría a ese hombre y le diría:

—¿Por qué eres injusto con esa mujer? ¿Estás limpio de todo pecado? ¿Has sido siempre puro, bueno, casto, honrado con tus prójimos? ¿No tienes una sola falta que reprocharte en tu conciencia? ¿No has engañado a ninguna mujer antes de casarte? ¿Dominaste siempre tus instintos?

Y si ese hombre contestara que no, que no había dominado nunca ni sus instintos ni sus pasiones, que no había sido siempre perfectamente puro como él exige que hubiera sido esa mujer, Jesús le contestaría, estoy seguro:

—Y si tú que eres hombre y eres fuerte, no te has sabido dominar ¿cómo querías que lo hiciera una muchachita que era débil y estaba sola? Vete, y perdónala a esa mujer que se ha arrepentido, y trabaja y es honrada y te quiere.

Estoy seguro que Jesús hablaría así si viviera. Tan Seguro que me jugaría la cabeza.

(El Mundo, 3 de marzo de 1930)

LA CALLE, EL AMOR Y OTRAS MALAS YERBAS

Una lectora, que firma con el seudónimo de «Ch-Qh», me escribe:

«Quisiera pedirle que trate en su página de EL MUNDO algo sobre el amor: sus manifestaciones, idilios callejeros, etc.». Es decir, lo que desea Ch-Qh es que yo la ilustre sobre la atracción que sienten dos personas del sexo opuesto; atracción que la gente ha dado en denominar amor.

He dejado cinco minutos de escribir. He apoyado la espalda en la pared y me he quedado pensando: ¿Por qué quiere la ciudadana Ch-Qh que hable sobre el amor? Y después de cavilar he dejado correr el pensamiento. Sin fin ni objeto. ¿El amor? ¡El amor! ¿Por qué no se le habrá ocurrido a esta señorita pedirme que escriba sobre otra cosa? ¿El amor? Ch-Qh debe creer en eso.

Deduciendo

Sí; Ch-Qh debe creer en el amor. Sino no se habría molestado en escribirme, con muy buena letra, una carta tan amable. Examino la letra: ¡Qué lástima no saber grafología! Sin embargo es una letra clara, limpia, sin vacilaciones, casi elegante en las curvas. Pone los puntos sobre las íes. Pero le interesa el problema del amor. ¡Del amor en la calle! ¿Qué le habrá ocurrido a Ch-Qh? Ch-Qh cree en el amor. Y no tiene faltas de ortografía. Analizo la carta. Debe tener uno de esos geniecitos que en las novelas se descubren a los noventa y nueve días de haberse casado. La carta está a veinte centímetros de mis narices. La miro de reojo, i Qué linda letra! Mejor dicho ¡qué letra tan firme! Ni al encabezar la carta le ha temblado el pulso. Pero ¡qué diablo!, es curioso. Descubro un montón de cosas. Al escribir utiliza dos tipos de S mayúscula. Dos tipos de Q mayúscula. Dos tipos de A mayúscula. ¡Qué lástima no saber grafología! Pero, deduzcamos. Si una persona, mejor dicho, una

mujer, emplea dos tipos de letra distinta en una carta, y sin propósito original, tenemos o estamos casi al frente de una verdad innegable:

Esa persona (sin distinción de sexo, raza o color) es versátil. Cambia de opinión como de figurín. Y, entonces, tenemos que tratar el amor desde dos puntos de vista: el amor que se viene y que se va, y que no es amor, y que es el que debe interesarle; y el otro, que es un asunto muy serio.

Y el amor que debe interesarle a Ch-Qh, me parece que debe ser ése. El primero.

Ch-Qh debe querer saber cómo es el amor, el verdadero amor; pero no en ella, sino en otro.

O mejor dicho…

Dígame, estimadísima Ch-Qh, ¿lo que le interesa a usted no es lo siguiente?: ¿Cómo se puede hacerle creer ; a un hombre que se lo quiere? No sé por qué se me ocurre que a usted lo que le preocupa es eso. Pongamos un ejemplo. Supongamos: Usted se ha encontrado a un buen señor. Este buen señor (estamos siempre en el terreno de las suposiciones) le ha declarado en la calle su amor eterno. Usted lo observa (estamos siempre en el terreno de las suposiciones) y se dice: ¿Quién es este: un zonzo o un vivo? Usted, con su oblicua mirada de gata, lo soslaya, lo observa, lo sigue, lo desmenuza, le espía el brillo de los ojos, el tono de voz y no habla (¡gran sistema!). Escucha. Y se dice, en su interior: ¿Este hombre miente o no? Y sigue observando.

(Continuando en el terreno de las suposiciones). Ahora usted cree que él la quiere. Pero usted duda. Duda en tirarse al pozo, es decir, en quererlo. El hombre se le ha convertido ahora en un zoncito delicioso. Es un zoncito a quien se puede creer. Casi en un buen muchacho. (Vea que estamos en el terreno de las suposiciones). Y ahora usted ha llegado al límite. Si continúa una hora más lo va a querer. Pero ¿y si él no la quiere? ¿Si él la engaña? ¿Cómo hacerse querer? Aquí está el problema. ¿Cómo una mujer puede hacerse querer de un hombre del que desconfía?

La táctica

Estimadísima Ch-Qh, (¡qué nombre más radiotelefónico ha elegido). Si le interesa el asunto, continuamos. ¿Qué táctica debe emplearse para hacerse querer de un hombre? Yo creo que una muy simple:

Engañarlo despiadadamente. Atiéndame bien. Así como la inspiración en el poeta no es la poesía, el amor en nosotros los seres humanos no es la relación amorosa. Y fíjese bien. Lo que le interesa al hombre es la ¡teatralidad en el amor. Es decir, que lo engañen. Hay que saberle presentar bien la mercadería. ¡Qué quiere! Estamos hechos desgraciadamente así. Ahora observo este otro detalle. Este engaño se debe basar en el amor. Debe ser natural. Natural como es en el artista representar un drama que no pasa, pero sí que siente. Es decir, en estas circunstancias, tener el amor es ser el artista, ponerlo de manifiesto es revelar la calidad de artista que se es.

El hombre necesita que se le engañe. Pero si descubre el engaño, se va. Para que lo engañen mejor en otra parte. Con más técnica, con más habilidad, con más ¡profundidad. El sabe perfectamente en su interior que ya a caer; acepta ese suicidio civil que es el casamiento, pero quiere caer con los ojos bien tapados, quiere caer a un pozo creyendo que sube hacia el cielo.

Consejo

No tenga relaciones con individuos que le parezcan inteligentes. El inteligente es una especie de neurasténico normal, que analizará sus gestos en un espejo, cuando usted cree que él no la ve. Si quiere ser feliz cásese con un imbécil auténtico. Hará de él lo que quiera y obtendrá, además, esta ventaja: el imbécil auténtico la admirará a usted. Pregonará su discreción e ingenio por todas partes. Y los defectos que usted tenga, para él serán virtudes. Con el hombre inteligente le ocurrirá todo lo contrario. Sus virtudes serán defectos. ¿Por qué? Porque la vida está hecha así. ¿Qué le va a hacer?

Ch-Qh, usted me dice en su carta que mi «trabajito resultará verdaderamente hermoso». No ha ocurrido eso, sino esto otro: es verdaderamente lógico. No le quepa la menor duda.

(El Mundo, 3 de diciembre de 1929)

EL INDECISO

Hoy he encontrado a un amigo. Estaba consternado. Le pregunte lo que le pasaba, y me contestó:

—¿Se da cuenta? Por un minuto de indecisión… qué un minuto… ¡diez segundos!, he perdido de vista a una mujer que me interesaba.

—Hombre —repongo— ¿no la conocía usted?

—No…, y ahí está lo triste. Cuando yo 'estaba cavilando si la seguía o no, subió a un auto y desapareció. No se ría…

Luego me comenzó a hablar de la desconocida, y yo pensaba, en tanto, que éste era un asunto para nota.

Lo que piensan las mujeres

Me decía una vez una amiga, refiriéndose a la psicología de los individuos:

—¡Cómo son ustedes los hombres! Cuando ven pasar una mujer acompañada, la miran con una insistencia, pero casi desvergonzada. Pasan y la ven a esa mujer sola, y entonces no se atreven a acercarse.

Esto es cierto. Sobre todo en el indeciso, en el indeciso que más que nadie sufre por esa tormenta de cavilaciones que se levanta en él, al paso de una mujer que por azar lo miró, o que quiso mirarlo, y al mirarlo, él se quedó allí como asombrado de ese obsequio de mirada que no se esperaba.

Estos tímidos vergonzantes del amor, son los que siguen con presunta audacia a las mujeres que pasan del brazo de los otros. Con audacia y tristeza; las dos cosas. Pablo Suero en un poema de su libro «Los cilicios», habló ya de esta angustia, la pena de ver pasar una linda mujer del brazo de otro.

Indudablemente, esta pena es un compuesto de envidia, de impotencia, algo que la penetrante mirada de las mujeres descubre de inmediato, y por esa razón es que algunas, cuando van acompañadas se regocijan en ese juego cruel, de mirar insistentemente a los desdichados que pasan a su lado deseándolas con un pleno convencimiento de imposibilidad.

El remordimiento

Mas para el indeciso, el castigo de su timidez es el remordimiento de que lo punza su imaginación.

La mujer que pasó…; la mujer que lo miró…; la mujer que él no siguió… que dejó escapar… que se perdió en un cruce de autos, en una bocacalle…, esa mujer… la eterna desconocida que en la imaginación del individuo cobra súbitos prestigios y candente belleza… La eterna desconocida…

Y es, precisamente, ésta, la eterna desconocida, la que, de pronto, lo lanza a un pozo de angustias al indeciso. No aquella que él conoce, que puede escucharlo cuando él quiere, sino la otra, ésa de la que él no conoce ni el timbre de voz, y que sólo le ha dado durante un cuarto de segundo el brilloso perfil de sus ojos atentos.

Por qué la desconocida

Y es que para el indeciso la única mujer interesante que existe es la desconocida. ¿Por qué? Pues porque su imaginación convierte a la desconocida en el trampolín de sus sueños. Durante un rato la ha venido siguiendo por las calles, tasando sus encantos, preguntándose «si vale o no la pena de hablarla», y a medida que su timidez crecía, él quitaba valores, la desacreditaba mentalmente por mirarlo con tanta insistencia, diciéndose que si lo miraba así era una fácil, y, de pronto, cuando la desconocida ha trepado a un tranvía y él se quedó un instante perplejo, preguntándose todavía «si vale la pena o no seguirla», de pronto, cuando ya es tarde para poder seguirla, el alma se le cae a los pies.

Ha pasado la felicidad y él no la ha reconocido.

«Felicidad…, felicidad que tienes los talones fugitivos y dorados como los de una geisha», dicen los orientales.

Y el indeciso permanece ahora lamentablemente en una esquina.

¿Por qué?

Toda la viveza de su entendimiento, que durante unos minutos adormeció la mirada de la desconocida, se despierta ahora en el hombre, y acumula réplicas y reproches contra sí mismo.

¿Por qué no la siguió? ¿Por qué fue tan estúpido? Con nitidez de estampa, resalta en el aire, ante sus ojos, el perfil de la desconocida; su mirada, que era como la puerta abierta de un país maravilloso al que se negó a entrar, y sus modales, que ahora recordados, revisten una dulzura que lo enfurece contra sí mismo.

¿Por qué fue tan estúpido? ¿Qué perdía con perder un cuarto de hora? Ni tan siquiera lo necesitaba ese cuarto de hora.

A medida que sus reproches se multiplican, la desaparecida se hace más fuerte en el recuerdo.

Sufre por todo lo que perdió, por su cobardía de un momento, por esa falta de tacto para comprender que esa mujer quizás no era accesible, sino para él, y que desde lejos ella se dice:

— ¡Que idiota!…

Como recriminándose de haber puesto la mirada en un pusilánime.

Felicidad

«Felicidad…, felicidad que tienes los talones fugitivos y dorados como los de una geisha», dicen los orientales.

¿Quién no ha dejado pasar la desconocida felicidad? Por eso el día más triste del hombre es ése. Los recuerdos se amontonan en gavillas, y a cada instante pesan más. Pesan con la densidad de los placeres perdidos de los momentos que pudieron ser sabrosos, y por un minuto de indecisión, ese minuto en el que una desconocida que prometía el país desconocido, se perdió en el cruce de autos por una bocacalle, o en la vuelta de una esquina, o entre el gentío que salía de un cinematógrafo…

«Felicidad… felicidad que tienes los talones fugitivos y dorados como los de una geisha».

(El Mundo, 4 de enero de 1929)

EL ACOMPAÑANTE

Un señor Juan Ricardo Mas, que barrunto me estima, se ha tomado el trabajo de escribirme una carta en la cual me da tema para diez o doce notas. Estas notas serían:

«La mujer que tuvo muchos amores», «El antiguo que reniega de la época actual», «El criollo, el italiano y el inglés», «El cínico», «El alacrán», «El hombre que demuestra ser feliz y no lo es», «El enamorado en serio», «El hombre sin idea fija», «Los miserables».

Todos estos temas son buenos y no sólo buenos, sino que revelan una mirada que va más allá de la superficie de las cosas; por lo tanto el día que no tenga tema, los comenzaré a

desarrollar, porque hoy quiero ocuparme del acompañante, del fatídico acompañante que le amarga la vida a las mujeres.

El acompañante

La idea de esta nota deriva de esta observación:

Todas las mañanas, al tomar el tranvía, observaba que un viejo tieso, de gran barba blanca, y un ojo conspirando contra el Estado, es decir un viejo bizco, acompañaba a una mocita no mal parecida, la cual mocita caminaba, al lado del anciano beato y severo, con una expresión de aburrimiento incalculable.

Esto lo estuve observando durante un año. Y lo que me llamaba la atención al final no era la chica, que al fin y al cabo se estaba poniendo fea de tanto soportar al anciano, sino el viejo en sí, el viejo con su barba en forma de collar terminado en punta, un ojo tuerto y una prestancia de «comendattore» que daba miedo.

Para un imbécil el tal anciano fuera una figura respetable, para mí, el tal anciano debía ser un píllete solemne, uno de esos bribones cargados de años y de plata, que a pesar de la barba y de la prestancia salen a la puerta de calle a disputar con el frutero y el pescador.

La chica a la que el taimado anciano vigilaba como oro en polvo y en barras, era una pobre criatura, una de esas mocitas a quienes estos bergantes avaros de inocencia idiotizan y, no contentos con idiotizarlas para toda la siega, las cuidan como dragones.

Y una vez que pasé frente a la casa de la tal mocita, en circunstancias en que ésta estaba en la puerta, tras del pilar, con una fementida regadera en la mano, estaba el maldito viejo, y de pronto se me llegó a representar toda la angustia, las rabietas y el hastío que debe enfermar a una chica con tal cataplasma a cuestas.

Formas de vigilar

Porque, fuera de toda duda, un padre prudente puede vigilar de mil formas a una hija, pero no imponerle de continuo su presencia, que enferma de melancolía hasta a una lechuza.

Así, recuerdo a un viudo, padre de dos lindas muchachas. El tal viudo, jamás acompañaba a sus hijas, pero sea casualidad, o intención, el caso es que siempre lo he encontrado a dos cuadras de distancia de las mocitas que paseaban sin saber que allá, a doscientos metros un ojo avizor y jovial comprobaba lo que ellas hacían en compañía de sus amigas.

Librodot

Y yo me he dicho:

—He aquí a un padre prudente y digno de todo elogio. He aquí a un padre respetable, que no sabe cómo hay que manejarse para que siempre las hijas le guarden un afecto lleno de agradecimiento, por no haberles amargado los legítimos placeres de la juventud. Y cada vez que me cruzaba con el viudo de marras, lo miraba amablemente, porque hay que mirar amablemente a todo buen señor que tiene unas hijas que son apetecibles y agradables de contemplar… aunque sea a la distancia.

El acompañante minúsculo

El acompañante que, sin vuelta de hoja, las revienta a las chicas, es el hermanito, ese hermanito que fatalmente cae a la salida del conservatorio, y que, de mal humor, se adjunta a la compañía de mocitas que lo miran de mal talante, mientras la hermana lo carga con la cartera de la música, y el mocito rezonga de la labor medianera y antimasculina que le encargan.

El acompañante minúsculo es el dragón más nocivo que tiene que soportar las menores, que caminan a su lado silenciosas, sin dirigirle la palabra, mientras él marcha furioso, buscando de provocarle una riña a la hermana, esa riña que todos, cuando éramos mocosos, le hemos buscado gratuitamente, pues el fastidio que no puede reaccionar contra los progenitores busca salida fraternal y bélica.

Moral de mocosos

Todo mocoso tiene una idea exageradísima del honor de la familia y de la hermana, sobre todo si en su casa ha escuchado narraciones que le hacen entrever que los mayores son peligrosos para las hermanas.

Entonces esa pulguita, cuando sale a la calle, parece un Lazarote, o un Roldan del pudor doméstico. Hay que verlo. Uno le dirige una mirada de inocente admiración a la menor y ¡zas! ya se tiene encima la fulminante mirada del mocoso que se considera agraviado porque se le ha mirado a la hermana.

Y si la hermana mira disimuladamente y él llega a darse cuenta, entonces se arma todo un pleito, uno de esos pleitos en los que el canallita rezonga a media voz, como venganza por el partido de football que le han hecho perder:

—Le voy a decir a papá esta noche… le voy a decir a mamá que sos una mirona. ¿No ves la cara de desgraciado que tiene ese cajetilla?

Un drama, es todo un drama para una menor tener que salir con un hermanito belicoso que siente menoscabada su dignidad de purrete porque le miran a la mocita.

Sin embargo, a veces esos vigilantes se acomodan con un novio, otras con un grandulón que se ha hecho ex profeso amigo de ellos, y esta complicidad entre hermanos suele tener pésimas consecuencias, aunque no… muchas veces la complicidad falla, porque el mocoso recibe monedas por un lado, y por otro le cuenta a la madre lo que pasa.

(El Mundo, 6 de enero de 1929)

DIÁLOGO DE PENSIÓN

Patrona (de un tirón, sin respirar). — Estoy harta de usted Fulano; no me diga una palabra. Estallo.

Fulano. — ¿Por qué quiere estallar, querida señora?

Patrona. — Yo me decía, cuando tomó usted pensión en esta casa. Bueno, he aquí un hombre correcto, respetable… Pero ya no puedo aguantarlo más. No. Ni una noche más.

Fulano. — Señora, usted parece la esfinge de Tebas, no la entiende ni Dios.

Patrona. — Y no sólo que no puedo dormir yo y la sirvienta, sino que la señora de al lado de su cuarto está furiosa, y el otro pensionista se me ha quejado y hoy amenazó con preparar los baúles.

Fulano. — Yo no sé qué les pasa a ustedes. Que la señora de al lado no pueda dormir, me lo explico. Le tiene tanto miedo a los ladrones… Y además, como el marido está ausente…

Patrona. — Y el colmo es que todavía tiene la desfachatez de hacerse el ingenuo. ¿Qué quiere que le pase a la gente? No pueden dormir por culpa suya.

Fulano. — ¿Por culpa mía?…

Patrona. — Claro. A menos que se pongan algodones en los oídos. Cómo quiere que duerman si usted se pone a tocar la victrola a las dos de la madrugada.

Fulano. — ¿Y eso es lo que le quita el sueño a esa honrada gente, al respetable anciano y a la digna señora? ¡Dios mío! Si tuvieran la conciencia tranquila, dormirían como apóstoles… roncarían como hombreadores de bolsas.

Patrona. — Ni Manuel Gálvez podría dormir con su música desaforada.

Fulano. — No le permito señora que designe de desaforada a mi música.

Patrona. — Es peor. Parece de entierro. Como si estuvieran velando a un muerto.

Fulano. — Usted se expresa irrespetuosamente señora. Confunde con música de velorio lo más clásico y selecto de la música española.

Patrona. — Y vaya y pase si tocara cinco minutos. Pero no. Yo lo he oído. Dos horas con tres discos. Dos horas. Es cosa de volverse loca. ¡Y qué música, Dios mío! Parece que estuvieran estrangulando a una pobre muchacha en su cuarto. No; yo ya no resisto más.

Fulano. — Señora. El único disco que lo he repetido una hora es la «Canción del amor dolido», de Falla… y eso porque está cantado por Niñón Vallin. Y usted no me negará que Niñón Vallin…

Patrona. — Yo no sé ni me interesa quién es Niñón Vallin.

Fulano.— Pues si usted cuidara un poco más de su cultura musical, debía interesarle.

Patrona. — Le prevengo que esas observaciones no se las tolero a mi mismo marido. Y menos a usted.

Fulano. — Yo la creía a usted una mujer razonable.

Patrona. — ¡Qué gracioso! Pretenderá ser usted el razonable, alarmando el barrio con su vitrola a las dos de la mañana en compañía de esa desvergonzada «Ollin».

Fulano (adoptando tono de fantoche patético). — Y además de creerla una mujer razonable la creía un espíritu selecto. Sí señora, no me interrumpa. A pesar de su bajuna condición de menestrala, la suponía un alma pura y sentimental. Este es el término. Un alma pura y sentimental. Una naturaleza capaz de comprender el delicado colorido de la música de Falla. Yo me decía: «Esta mujer podrá fregar platos, pero Dios, con su infinita gracia no le habrá cerrado los oídos para que se sienta perturbada al escuchar a Granados o Albéniz. Y porque un viejo pícaro, que posiblemente no duerme pensando malandrinadas o imaginando el procedimiento de desheredar a su hijo, y una señora fogosa, con marido ausente, se quejan, usted viene a inculparme a mí… sí a mí… y a mi inocente victrola.

Patrona. — ¿Dónde ha visto usted que en una casa de pensión, se toque una victrola ruidosa y unos discos mortuorios como los suyos, a las dos de la madrugada? ¿Dónde lo ha visto usted, quiere decírmelo?

Fulano. — Pero no comprende usted que es música de Falla.

Patrona. — Aunque fuera del mismísimo Arzobispo.

Fulano. — ¿Y la señora se quejó?

Patrona. — Se quejan todos… Hasta la sirvienta, que es sorda.

Fulano. — Lo mejor que puede hacer usted, es no llevarles el apunte. Lo que ocurre mi querida patrona, es que toda esa gente carece de sensibilidad artística. Estoy seguro, no me discuta señora, que si en vez de tocar «El amor brujo», tuviera los discos de «Martín Pescador» o «Sueño de juventud», ni el viejo bribonazo ni la tierna señora, se quejarían. No. No se quejarían.

Patrona. — La gente quiere dormir. Necesitan levantarse temprano.

Fulano. — ¿Y qué apuro tiene esa gente de levantarse temprano? ¿Se creen, acaso, que van a reformar el mundo por mucho madrugar? ¿Qué apuro tienen? ¡Dios mío! ¿Por qué no recuerdan el proverbio árabe: «Me sentaré a la puerta de mi casa para ver pasar el cadáver de mi enemigo»?Todo llega, querida señora, ¿para qué apresurarse?

Patrona. — Si usted sigue hablando, el que termina por tener razón es usted. De modo, que como yo soy una mujer poco razonable, usted se deja de tocar la victrola a las dos de la madrugada o se muda. ¿Qué quiere que le diga? Yo no voy a perder más pensionistas por culpa suya.

Fulano (irónico). — El mundo está al revés, no hay vuelta. Más fuerza tiene un vejete mala sombra y tacaño, y una mujercita gruñona, que Falla con su elocuencia genial.

(El Mundo, 18 de enero de 1932)

GUARDIANES DE CASTIDAD

Dejémoslo hablar a mi amigo:

Paz de confitería

—Ya ni en la paz de las confiterías creo, —me decía el otro día un camarada:

—¿Qué le pasa?

—Tengo una amiga. Una amiga tímida y pudorosa. ¿Dónde puede verse usted con una amiga tímida y pudorosa? En una confitería, ¿no es cierto?

Bueno: fuimos a una confitería. Escogimos una que se caracteriza por su soledad. Tranquila y muerta en las primeras horas de la tarde.

Resulta que esta confitería parece ser conocida por un razonable número de bergantes. Gente respetable que va a dilucidar asuntos de amor, carpeta y florero por medio. Sin embargo, hubo un momento en el que el bodegón carpétudo quedó solitario. Esa soledad

en que el ciudadano más impacible pone los ojos en blanco y toma, la mano de su amiga y se la besa. Besar la mano de una linda muchacha no es ningún pecado. Máxime si se tiene en cuenta que ella acepta muy complacida tal manifestación de aprecio. Ahora si ella fuera a quejarse al dueño del figón que le han besado la mano… pero no. Mi amiga aceptaba encantada que le besara la mano y también el reverso del brazo. Más aún: yo la veía agradecida y no llegaré a negar que no hayamos cambiado un «ósculo», como dicen ciertos vates. Suceso muy natural por cierto, si se piensa que hay millares de jóvenes y jovencitas que todos los días cambian un beso. En resumidas cuentas, en la soledad de la confitería nosotros nos besábamos encantados y joviales, como si fuera la primera vez en la vida que concediéramos y nos concedieran una merced semejante.

Pero de allí no pasamos. No. Lo juro.

¿Cuántos poetas sobre el planeta han cantado esos besos? El número es incalculable.

Aparece el monstruo

Cuando separamos las cabezas nos encontramos con una jeta de besugo, napia largota todo un mozo narizotas y púdico que nos contemplaba de reojo, entre semiindignado y pavoroso, en tanto que pretendía acomodar los floreros de una mesa.

Como nosotros no hacíamos nada malo, y es absurdo pretender que en una confitería pueda hacerse algo malo, continuamos conversando hasta que el esperpento desapareció. Nos reímos graciosamente del mozo narices y cuando nos íbamos a dar uno de esos apretones de mano que significan el sellamiento y estampillado de una amistad dispuesta a resistir cualquier prueba, ¡zas!, de pronto resucita nuevamente el tío rufo husmeando en redor como un podenco, y acomodando otro florero en una mesa.

Nos indignamos. Pero, decidme, Dios mío, ¿quién no se hubiera indignado? ¿Quién no se indigna? Yo no estaba en compañía de una desconocida que había solicitado los auxilios de la fuerza pública para que la protegieran de nada. No. Yo estaba en compañía de una amiga, de una simpática y jovial amiga que cuando me retardaba en besarle las manos, como era mi deber, me lo recordaba con elocuentes miradas…

Volvió a escurrirse el tío bobalicón, y cuando yo me disponía a quitarle una pestaña del ojo a mi acompañanta… implacable, como el destino de un muerto de hambre, hizo acto de presencia el fantoche del servilletín.

¿Hay derecho, dígame… hay derecho…?

Iba y venía. Como el péndulo de un reloj. Como la pieza de una máquina demostrativa de algún fenómeno físico.

Se la tomaba con las mesas.

Las mesas, en silencio, como es natural, sin decir oste ni moste. Y el bablón narizotas dale que dale al hule de las mesas. Se escurría como una culebra y aparecía inopinadamente. Incluso, parecía tener un ojo de vidrio, un terrorífico y único ojo que permanecía inmóvil en nuestra dirección, mientras que el otro escudriñaba batidoramente los irrisorios floreritos de la mesa.

Se comprende que…

Se comprende… No es posible decirle a un crosta de esta magnitud:

—¡Vea turro! retírese que aquí molesta, y menos cuando se está en compañía de una flor.

Empezamos a vistearlo al servo. A mirarlo obstinadamente, y el fulano terminó por aburrirse y se corrió del otro lado. Respiramos. Hacía calor, y por eso respiramos. Honestamente.

Una mano lava la otra y las dos la cara. Ya lo ha dicho el poeta. Nosotros no teníamos allí una palangana para podernos lavar la cara, pero sí para sacudirnos menudos apretones.

Inútil. «Inútil querer ser buenos, y tratarnos como hermanos». Allí, para terror, aburrimiento, grima, desidia, fastidio y maldición, merodeaba, más terco que un fuego fatuo, que un alma en pena, que un vestigio sin destino, que un cesante con recomendación, el terrible, el espantable narizotas.

¿Quién no se resigna? Nosotros también nos resignamos. Lo llamamos (y aquí gocé), sin dejarle cinco centavos de propina, nos levantamos y salimos. Aprendería así el desvergonzado a ser más respetuoso con las personas que se aman tímidamente.

Aquí termina el relato de mi amigo.

(El Mundo, 16 de enero de 1932)

LA HONORABLE PROFESIÓN DE BÍGAMO

Mi nunca bien ponderado compañero Bress, con ese cachito de gracia que Dios le ha regalado, se ocupó estos días del abundante y siniestro número de bígamos, que han puesto bajo rejas inopinadas denuncias de segundas y primeras esposas. Día por medio se presentan a las seccionales bienaventuradas mujeres. Con esa modestia que San Agustín recomendaba en el sexo débil, solicitan conversar con el comisario. Reaparece aquel cuyo caballo no puede perder ninguna carrera, y las desdichadas entre lágrimas y suspires cuentan su desgracia. Tienen un marido que está casado con «otra» mujer. Fatalmente, la «otra» es siempre una perdularia. El comisario se atuza el bigote, y comienza el drama con la partida de un mulato cargado de jinetes.

El bígamo

Todavía no apareció filósofo silvestre o engominado que decentemente definiera al bígamo.

El bígamo, jurídicamente, ya se sabe lo que es… pero psicológicamente… afectivamente… mentalmente… ¿qué es un bígamo?

El bígamo se diferencia del hombre casado que tiene una amante, por la trascendente moral de convertir a su amante en una segunda esposa legal. De manera que ni una ni otra pueden aducir diferencia de situación. Lo cual haría pensar con la frase popular, que no mediando diferencias, «todos contentos»: pero dicha «contenteza» parece sumamente relativa… y ello lo evidencia la frecuente ingerencia policial.

Pero estábamos en otro problema. ¿Qué es un bígamo?

Yo, de definirlo honradamente, diría que un bígamo es un hombre candoroso, tierno de corazón y animado por un extraordinario sentimiento de justicia, que lo obliga a proceder salomónicamente con las mujeres que se le enredan en el corazón… al punto de no poder dejar de casarse con ninguna de ellas.

Superioridad del bígamo sobre el engañador

Supongamos que un sinvergüenza, casado o por casar, engaña a una pobre chica y la deja. La chica queda deshonrada. Con tal edificante mercadería, «el honor de las pobre chicas», se han escrito novelones espantosos y consumado hartos dramas pasionales. La que queda en la rúa o sin mercadería, es la chica engañada. Sin embargo, salvo que la criatura sea

Librodot

menor de edad, la ley no defiende a la joven y la chica tiene que recurrir a diversos arbitrios para crearse una situación legal en el planeta, donde los únicos que no tienen que pedir venia para casarse son los perros y los gatos.

El bígamo no engaña a nadie. Y si engaña, la engañada queda con su mercadería a salvo, y su crédito sin grieta de ninguna catadura, pues al fallar el juez de divorcio, con el divorcio le entrega a la infrascripta un certificado de honestidad, que tiene vigencia de ley, estampillado, membrete y garantías como para satisfacerlo al más exigente de los gourmets y discípulos de Brillat Savarin.

Seamos nobles… pongamos una mano sobre el corazón y hagamos justicia: ¿Quién es más perdulario? El engañador tipo Don Juan, que «se lleva la rosa del rosal», como dirían los hermanos Quintero, o el bígamo jurídico. Barba Azul, y legalista, que carga con una mujer y la desposa, y le otorga una libreta que es sin tacha alguna certificado de buena conducta.

—Si yo tuviera que casarme, me casaría con la divorciada de un bígamo, —me decía un hombre escéptico en cuestiones de amor. Un hombre casado, que se olvida de la cárcel para contraer enlace por segunda vez con una muchacha, fatalmente tiene que haber encontrado en esa muchacha méritos poco frecuentes en las demás mujeres.

El bígamo, hombre respetable

¿Puede negarse que un hombre tan respetuoso de las leyes como el bígamo, no es un hombre virtuoso? No, no puede negarse. Pues si por una parte, viola la ley, por otra la respeta y la acata, y ya sabemos que una conducta semejante, tiene un equivalente matemático que se denomina «signo de más y menos». «Más y menos» no alteran jamás el producto de una operación, aunque esta operación sea matrimonial. Si no hagamos la prueba: Cien más cien, menos cien, es siempre cien, es decir, la muchacha queda como salió de su casa.

Seamos consecuentes. El ciudadano que maniobrando tan a conciencia permite que una familia quede bailando de honorabilidad y alegría después de un experimento tan accidentado e incierto como lo es el matrimonio, el divorcio y otras yerbas, es un hombre respetable. Un hombre con severo criterio formado acerca de la responsabilidad que implica tal sacramento.

Librodot

Prueba gravísima de que es muy cierto lo que digo, es que jamás se da el caso que un bígamo sea denunciado simultáneamente por sus dos esposas, sino por una sola; y siempre la que se deschava lo hace más por exceso de amor que por escasez de apasionamiento. Lo cual también nos demuestra que hay casos sumamente delicados, en el que el corazón de un hombre es tan noble y fragante que el perfume de su virtud seduce a todos los que lo rodean.

Ejemplo patriótico del bígamo

Por otra parte, el bígamo derrocha patriotismo, que las leyes todavía no han sabido apreciar en su extensión. «Hacer patria es poblar», ha dicho alguien. Y el bígamo, por contraste con esos viejos pícaros que nunca se casaron ni se casarán; el bígamo, por contraste con los solterones que ruedan de hogar en hogar, haciéndole perder un tiempo precioso a virtuosísimas doncellas; el bígamo, heroicamente se casa y no una vez, sino dos y tres, exhibiendo un conmovedor desinterés que beneficia, no tan sólo a los padres de familia, sino también a los muebleros, vitualleros, etc., etc.

(El Mundo, 5 de enero de 1932)

UN PAQUETE DE CARAMELOS

Tranvía nocturno. ¿Por qué digo tranvía nocturno? Coche del subte, lisa y llanamente. Lleno de gente que vuelve del teatro. Un grupo de calaveras a la violeta comentando pantorrillas de bataclanas. De pronto uno le tocó el pecho a otro, y dice:

—¿Qué es ese bulto?

—Un paquete de caramelos.

—Che, a ver. ¡Caramelos! ¿Para quién?

—Para mi mujer.

—¿Le llevas caramelos a tu mujer?

—Es el gran sistema, viejo. Siempre que vuelvo tarde a mi casa, llevo un paquete de caramelos en el bolsillo. Entro al dormitorio, mi doña me mira cabrera, y yo, yo echo mano al paquete y le digo:

«¿Tenés coraje de protestar, viejita, contra un hombre honrado que tanto pensó en vos afuera, que hasta se acordó de traerte caramelos para que te endulces la vida?

—¿Y ella?

—Amaina y se ríe.

—Sos un cachafaz.

—¿Qué querés… que le compre unos «marrón glasé»? Lo que vale es la intención, no la calidad. La intención viejo. A una mujer se le importa un pepino el valor de las cosas…, salvo que sea muy interesada. Lo que ella agradece es el recuerdo, la dedicación. «Estuve afuera y me acordé de vos». Sin regalo el recuerdo es problemático; con regalo, ¿quién puede discutir el recuerdo? Hay que ser inteligente, che. ¿Qué cuesta quedar bien con una mujer? Nada, absolutamente.

—Pero si la tenés acostumbrada…

Otro:

—¿Y si se da cuenta?

—Pero claro que se da cuenta. ¿Cómo no va a darse cuenta?

—Y dándose cuenta ¿no te manda al diablo con esos caramelos?

—Otras veces en cambio, le llevo un ramito de violetas.

—Pero ¿no te manda al diablo?

—No, porque es una mujer inteligente. Y una mujer de inteligencia común nunca le pide peras al olmo. Ella sabe perfectamente que yo hago mis macanas: que para disimular mis macanas me aparezco con la violeta fayuta o el caramelo almacenero pero el ramo de violetas o el caramelo atorrante halagan su vanidad. Es una concesión a su amor propio.

—¡Qué macanudo!

—Mira, viejo. Te voy a decir algo tan profundo y sabio como los proverbios del Rey Salomón. Respeta siempre el amor propio de una mujer. Las mujeres tienen un amor propio endiablado. Son capaces de quedarse junto al diablo, si el diablo tiene una sola virtud que ennoblezca su vanidad. Por ejemplo: mi mujer. Mi mujer no se come los caramelos. Los pone encima de la mesita de noche. Al día siguiente los caramelos me los como yo. De esta manera ella, que no hace ningún sacrificio, por diez minutos cree que me ha hecho un gran favor al dejarme que me coma los caramelos. Esto sin contar que mis insignificantes regalos le permiten pavonearse ante las amigas. Imagináte una buena rueda de buenas señoras que no tienen nada que decir, que no piensan nunca nada, como no ser en sus trapos y en la moda y en si deben teñirse o no el pelo. Ella espera la oportunidad y larga la frasecita:

—No puedo decir que mi esposo sea mejor que los otros… Pero el sinvergüenza para hacerse perdonar las canas que se echa al aire, siempre que llega tarde a casa trae algún regalo.

Ahora bien, el gremio de las mujeres casadas, hay que conocerlo. Sin grupo. No hacen más que hablar mal unas de otras. La que no es una ridícula, es una idiota, la que no es una idiota es una simple. En cuanto mi mujer largó la frase de que «su esposo le trae regalitos cada vez que llega tarde», las otras estiran la cara. Saben que es verdad y tuercen una mueca. ¿Por qué? Porque los maridos de ellas son unos estúpidos. Hacen las macanas que hago yo, pero no le ponen ese final engrupidor.

—Che, estás haciendo psicología.

—¡Qué psicología, ni psicología! Hay una amiga de mi mujer que se enorgullece porque el marido no la deja salir a ninguna parte. El es un reo; reo por todos los costados. ¿Pero a que no sabes qué hace? La llama dos veces por día por teléfono.

Ella está engrupida de que él la adora. Es notable. No hay una mujer que no crea que el marido se muere por ella. Les pasa lo que a las madres: los hijos de ellas son unos santos, los del vecino, unos diablos. Pero che: en la otra estación me bajo. Hacéme caso. El día que te cases, si sos tan desgraciado de casarte, engrupila a tu mujer. Cuesta tan poco, viejo… que, mira, vale la pena. Con un ramo de violetas a diez guitas, le proporcionas a tu mujer la ilusión de que sos capaz de matarte por ella.

(El Mundo, 20 de Octubre de 1931)

¡QUÉ CURIOSA ES EL ALMA HUMANA!

Hoy he recibido una carta que me ha hecho sonreír largamente.

Una lectora, que considero jovencita, me escribe, entre otras cosas:

«Dice usted que ha conocido a muchas personas que querían triunfar para poder humillar profundamente a alguien. Pues bien: yo soy una de ellas. La vida no me interesa considerándola desde un punto de vista objetivo e impersonal; y si no fuera porque odio tanto a una persona, con seguridad que ya me habría eliminado. El odio es lo único que sostiene mis energías, y a la finalidad por él engendrada es a lo que dedico todas mis fuerzas. A otra persona, una ofensa o un insulto, se lo hubiera perdonado. ¿Pero a él? ¡Ah! cada vez que me acuerdo, me hierve la sangre en las venas.

Ahora todas mis acciones concurren a un mismo fin: prepararme admirablemente, en todo sentido, para cuando se me presente la oportunidad, humillarlo, como él me humilló a mí».

¡Qué interesante! ¿No?

He sonreído largamente, y mientras miraba el vacío que mi cigarrillo llenaba de espirales de humo me he dicho:

—¡Qué curiosa es el alma humana!

Esta jovencita que posiblemente estaba destinada a casarse con un excelente muchacho, y a convertirse en una madre prudente y experimentada, ha roto con la vida, y se dedica a trabajar para triunfar, y así satisfacer un «odio que sostiene sus energías».

Sin duda alguna, todo esto es interesante. Más aún: revela la utilidad de las ofensas, lo cual puede considerarse un razonamiento trivial o cínico, a simple vista, pero que esencialmente, significa lo contrario.

Hay almas que sólo despiertan del embotamiento en que yacen sumergidas, por la presión de sucesos terribles.

Incluso, los necesitan, para que en ellas los valores básicos. Son como los explosivos de alto poder, que únicamente desarrollan potencia, cuando se los prensa a centenares de libras por pulgada cuadrada.

Yo creo…

Creo profundamente en las posibilidades de estas almas humilladas, justa o injustamente, que desde su interior anhelan hambrientas el triunfo con el esfuerzo del éxito la magulladura terca que les ha quedado en el alma.

Más aún, cuando conozco un caso así y las posibilidades de éxito lo acompañan, me alegro infinitamente. Pasan por mis ojos los trabajos silenciosos a que ha debido someterse el alma en lucha; reveo su aislamiento, los esfuerzos mentales, esos ¿qué dirá?, la rabia sorda por llegar y los revivo con tanta intensidad como si fuera yo el que se encontrara en la danza del comienzo.

Lo que no creo es en los efectos que el triunfo causa en los individuos odiados. Un hombre que se sabe odiado por una mujer, encuentra en ese odio un motivo de alegría, salvo que sea un perfecto idiota. Un hombre inteligente que ve triunfar a la mujer que lo odio, si la quiere, vive momentos de felicidad tan profunda que ese mismo odio le parece una merced inmerecida. Además, el odio es un amor al revés. Esto puede parecer una simple frase de circunstancias, pero la alquimia del alma es tan singular, que cuando todos los motivos con

que se abona el odio se han agotado, el alma, que no puede vivir sin el «leit-motiv» que produce la sensación de odio, convierte este odio en un sentimiento amoroso. El único odio espantoso, es la indiferencia. Pero cuando se quiere triunfar para «humillar profundamente a alguien» la indiferencia no existe. Además ¡qué diablos! quien va por el camino del éxito tiene derecho a odiar diez años como lo pretende esta inteligente joven que me escribe.

¿Tan graves injurias ha recibido? ¡Diablos! Además, se me ocurre que esta chica exagera. ¿Fue tan «ofendida» como ella cree?

«Ahora todas mis acciones concurren al mismo fin: prepararme admirablemente en todo sentido, para cuando se me presente la oportunidad, humillarlo como él me humilló a mí».

Todo llega

Todo llega en la vida, niña. Incluso el éxito, que es lo que más tarda en llegar. Cuando usted haya sus propósitos de odio, entonces conocerá la existencia un poco más que ahora. Entornará los ojos con un poco de sueño y mirará en redor. Contemplará el espectáculo del mundo, los seres humanos que van y vienen como hormigas un poco estúpidas (porque las hormigas no realizan actos inútiles)… Pero, ¿para qué anticipar el futuro? Anticiparle el futuro a una persona es imposibilitarla para realizarlo. Y a una joven que quiere triunfar y que trabaja para ello, no hay que descorrerle nunca el velo del mañana. Porque el mañana es un derecho cuya exclusividad pertenece a los que se sacrifican para conseguirlo.

Trabaje, jovencita. Trabaje mucho. Para triunfar, a veces no son necesarios cinco millones de minutos. Y conserve cuidadosamente a su odio. Cuando haya triunfado, es decir, cuando el odio no le sea necesario, éste, como un esclavo discreto se marchará a su casa. Y usted dirá: «A pesar de todo ¡la vida es linda!»

(El Mundo, 10 de Octubre de 1931)

LA PRIMERA ESCARAMUZA

Para no dejar de ser razonable, pondré un término de dos meses. Bueno; a los meses de recién casado, por más buena voluntad que tenga un individuo, se encuentra tan

sobresaturado de melosidades y cariños, que lo único que desea es pasarse unas cuantas horas lejos de su cónyuge.

La quiere, la adora, todo eso es cierto. Pero quisiera verla lejos. Estar nuevamente en su cuartito de soltero, ir y venir sin tener que darle cuenta a nadie. El tío resopla para su coleto y comienza la crisis interior que se prolonga, más o menos algunos años, hasta que el individuo se adaptó. (Adaptarse en el matrimonio significa llegar a una cordial indiferencia de compañía, como adaptarse a un clima malsano presupone aclimatarse a la anormalidad).

Bueno; en algunos maridos la primera escaramuza se produce a los quince o veinte días de casados. La escena podemos emplazarla en un comedor. El tipo termina de beberse el café en tacita de regalo con cucharita niquelada. Precipitadamente el sujeto echa mano al reloj y mira sobresaltado.

Mujer. — ¿Tenés que salir, querido?

Hombre. — Sí… Un negocio.

Mujer. — ¿Un negocio?

Hombre. — Mejor dicho, no hay que anticiparse. No es negocio, sino proyecto de negocio.

Mujer. — No sabía que los negocios se trataban de noche.

Hombre. — Querida. ¿Me vas a hacer una escena de celos?

Mujer. — ¿Qué negocio es?

Hombre. — ¿Vos lo conoces a López, ése que estuvo en nuestro casamiento? Un tipo bajito, con un ojo más grande que el otro. Bueno; este López conoce a un individuo que está muy interesado en conocerme para hacer un arreglo a espaldas de la compañía donde trabaja. Te darás cuenta que yo, por prudencia, no puedo ir a verlo a su escritorio, pues lo perjudicaría.

Mujer. — ¿Y a qué hora vas a venir?

Hombre. — Sería injusto si te dijera hora. Vos sabes que los negocios (ella no sabe nada) no se tratan así, de golpe y porrazo. Antes se toma un café, se charla. «La amistad es la base de los negocios», ha dicho un gran financista norteamericano.

Mujer. — Así que no sabes a la hora que vas a venir.

Hombre. — Tanto puedo tardar una hora como cuatro. El término medio… Sí, dos horas…

Mujer. — Pero para conversar dos horas, hay mucho que decir..

Hombre. — El tiempo vuela, querida. Sobre todo en un café.

Librodot

Mujer. — ¿Y no vas a mirar a ninguna?

Hombre. — ¡Querida!, no seas exagerada.

Mujer. — Y, ¿por qué no haces esto? Lo traes a casa. Aquí también pueden tomar café. Y mucho más cómodamente que en un bar.

El sujeto resopla internamente. Por fuera trata de mostrar un semblante contorsionado por la infinita alegría que le causa la perspectiva de tomar café en su casa, y replica, hipocritón:

—Tu idea es buena. No en vano digo siempre que vos sos una mujercita ideal; pero en la práctica es inconveniente.

Mujer. — ¿Por qué?

Hombre. — Es inconveniente, porque si uno tiene que tratar un negocio, y lo invita al individuo a tomar el café en su casa, en compañía de su mujer, le da al asunto una familiaridad que le hace perder luego, en el negocio, ventajas, que puede obtener usando un poco menos de cordialidad.

Mujer. — Estás hablando demasiado para que sea cierto lo que decís.

El sujeto, fingiéndose indignado y levantando los brazos al cielo como un mercachifle:

—¡Dios mío! Eso es todo lo que he conseguido con adorarte.

Mujer. — Yo no niego que me adores. Lo cierto es que ahora me estás engañando.

Hombre. — ¡Qué mujeres, éstas! Vos me preguntas y yo te contesto. Porque te doy explicaciones, me decís que te engaño. Si no te diera explicaciones, me dirías que soy un hombre cruel, despótico, desalmado e implacable como un beduino.

La mujercita (tranquilamente). — Si no me dieras explicaciones no diría todo eso; lo pensaría, y continuaría creyendo que me estás engañando, como lo haces ahora.

Hombre. — ¿Se puede saber en qué te engaño?

Mujer. — Vos Querés salir solo. Yo ya te aburro. Y me inventas el pretexto del negocio.

Hombre. — ¿Querés que te traiga un certificado del tipo?

Mujer. — No seas ridículo.

Ahora el fulano resopla como un gato. Mira alarmado el reloj. Trata de emocionarla a la media naranja.

Hombre. — Decíme, ¿por qué sos tan terca?

Mujer. — Bueno, salí querido… Que se te hace tarde. ¿Tenés pañuelo limpio?

Contento como un perro al que le acaban de sacar la cadena, el Fulano endereza hacia la puerta de calle, prodigando una abundancia de saludos, que es el índice logarítmico de su alegría interior.

La mujer queda detenida en la puerta de calle. La sonrisa simulada que iluminaba su rostro desaparece.

Bajo los párpados la mirada se vuelve pensativa. Algo se ha roto en su interior, y murmura: — Todos iguales… Todos.

(El Mundo, 7 de octubre de 1931)

OPINA UNA SOLTERA

Hoy he recibido una larga carta de soltera, que me permito transcribir íntegra evitándome el trabajo de escribir nota.

Como la carta me parece interesante, no dudo que a ustedes les parecerá también, pues casi siempre los gustos del público están en concordancia con los de un autor, sobre todo cuando el autor, se convierte en copista.

La carta

Estimado señor Arlt:

Hace mucho tiempo que vengo siguiendo sus notas. Unas me gustan y otras no. Observo, además, que de un tiempo a esta parte está Vd. «emperrado» en ridiculizar a los tipos que Vd. llama «bonafides» que se me ocurre, esa palabra debe ser aquella otra «buenafe», pero en latín.

Fíjese que se me ha ocurrido una idea: la de que Vd. se está burlando de sí mismo, por haber hecho el «bonafide» alguna vez. Bueno, como no tengo derecho a inmiscuirme en sus asuntos íntimos paso a otro tema, que es el que me interesa.

El matrimonio

Comenzaré por decirle que soy soltera. Mi edad es de treinta y cinco años, aunque cuando trato con papanatas que cometen la imprudencia de preguntarme mi edad, les digo que tengo veinte y cinco años.

Además me gano la vida. Y muy bien. Estoy empleada hace varios años en una casa importante, soy corresponsal, gano trescientos pesos mensuales, y hago lo que se me da la santísima gana.

De lo que estoy muy contenta, porque para espejo de matrimonio, tengo una hermana casada, con varios hijos. El marido es un muy buen hombre, mi hermana una excelente mujer ama de casa, y yo, que observo el panorama doméstico que ambos ofrecen, me felicito una y mil veces de no haberme casado.

Vd. me dirá ¿por qué? Pues, porque soy libre. Libre en el sentido más limpio de la palabra. Fíjese que a veces me pongo a considerar la vida de mi hermana. Su posición económica, respecto a la mía, es inferior. Yo no tengo obligaciones sino muy limitadas, ella, en cambio, tiene su hogar… sus hijos… A veces me quedo perpleja pensando en los trabajos arduos que la gente se busca, cuando me imagino a mi hermana en otros tiempos. Cuando era soltera, como lo sigo siendo yo.

Fíjese que ella era más bonita, más atractiva que yo. Además, más inteligente. Una monada de chica que se interesaba por todo.

Se casó. Recuerdo que los primeros tiempos llegué a envidiarla. Era el mismo espectáculo de la felicidad. Pasaron dos años y un día me sorprendí: de mi hermana sólo quedaba una sombra. Se convirtió en una mujer grave, tranquila, con preocupaciones de carácter doméstico, en una mujer que lee los diarios a cada muerte de obispo y que sólo tiene tiempo de hojear una revista cuando los nenes están en la escuela.

¿Puede usted contestarme por qué ha sucedido todo eso? Yo veo en ella a una mujer serenamente desilusionada. Su esposo es muy bueno; pero yo los miro a los dos y los desconozco.

Mi vida junto a la de ellos es completamente inquieta, a pesar de que en la realidad se desliza tan monótonamente como la de ellos.

¿Y sabe por qué es inquieta? Pues porque a mí continúa interesándome la vida. Quiero a mis sobrinos como si fueran hijos míos. Mi hermana dice que los quiero tanto porque «no los he tenido». Sin duda alguna, sé que ella los quiere mucho más que yo. Pero en otra época, yo creía que para una mujer los hijos eran una fuente de felicidad inagotable, y ahora, en cambio, sé que son un motivo de inquietud constante.

Cuando comparo este matrimonio feliz con otros que no lo son, y luego estos dos tipos de uniones, con su compleja vida, a la existencia que llevan las muchachas solteras, que como yo, se ganan la vida, me pregunto asombrada:

—¿Es posible que exista gente que se avenga a cargar con tanto trabajo, para cambiar de estado civil?

Le comunicaré una observación:

Me estoy dando cuenta que a medida que pasa el tiempo, más refractarias al matrimonio se están volviendo las mujeres que se ganan bien la vida.

En mi oficina conozco precisamente a una muchacha que se negó a casarse porque casándose «tenía que dejar el empleo». ¿Se da cuenta? Y luego, usted, déle que déle escribir artículos sobre las que se mueren por casarse. No. Arlt, no.

Hay un porcentaje elevado de muchachas que aspiran a resolver su problema económico con el matrimonio, no se lo negaré: pero denle durante dos o tres años a una mujer oportunidad de ganarse decentemente la vida, y verá cómo esa misma mujer, a medida que se va volviendo consciente de sus fuerzas, se hace cada vez más refractaria a dejarse engranar por una vida, donde hay diez obligaciones para una sola satisfacción.

Esperando que usted comente esta carta, salúdalo atentamente una Lectora.

(El Mundo, 2 de octubre de 1931)

MISTERIOS FEMENINOS

¿Qué es lo que conversan las mujeres entre sí? ¿Qué piensan del hombre? ¿A qué interrogatorio someten a una amiga recién casada? Cada uno de estos tópicos constituye un misterio para el noventa por ciento de los hombres, para quienes la mujer es un ser tan desconocido, y tan hermético en su intimidad psicológica como podría ser el polo Norte o el fondo del mar.

Cuando se conversa con una observadora sincera y que tiene una relativa experiencia de la vida, uno aprende en pocos minutos mucho más que leyendo libros que nada explican sobre la naturaleza íntima de la mujer, que dicho sea de paso, es exactamente igual a la del hombre.

Lo curioso es que el hombre, a su vez, mira a la mujer como si ésta fuera un ser fundamental distinto a él.

Tan distinto que, a este propósito, recuerdo haber recibido hace diez meses la carta de una lectora en la cual me confiaba que hacía un año que estaba de novia. En ese periodo el novio no la había besado una sola vez. Recuerdo esta frase de dicha carta que aún me hace sonreír:

«Yo no soy un ángel, ni quiero que me tengan por tal».

¿Qué se desprende de esto? Los hombres, en general, no saben tratar con mujeres. Se comportan con ellas demasiado audazmente o pecan de excesiva timidez, desengañando así, con dichos extremos opuestos a la mujer, que vive fluctuando entre el aburrimiento del hogar y lo desconocido maravilloso que su imaginación dilata en el país del amor y de la libertad, que ella sabe que es peligroso disfrutar en una sociedad como la organizada presentemente.

En esta circunstancia la mujer exige, casi siempre, que el hombre que se acerca a ella no defraude sus esperanzas y sus ilusiones. La mujer piensa:

«¡Ah! ¿fulano?»

Fulano con unos ojos tan expresivos, debe hacer el amor aún más expresivamente que los otros.

Y fulano, como los otros, o es precipitado o es tímido. Y en cualquiera de las dos circunstancias, la mujer se desilusiona. Es una lamparita eléctrica que le ha fallado. Creyó que allí estaba la luz y no hay sino sombras.

«Todos son iguales», se dice.

Y entonces tropezamos con la mujer «standard»: vista una, vista todas. Y aparentemente es así. ¿Por qué? Porque la mujer por una especie de mimetismo (tendencia subconsciente de agradar al hombre) se adapta a la conducta del individuo que la corteja.

A continuación quiero narrar una anécdota que me fue referida por una amiga a quien pedí autorización para reproducirla, pues conceptúo interesante y frecuente la experiencia que voy a narrar.

Simulación y pureza

«Mi primer novio inició sus relaciones conmigo de una forma delicada. Tendía a demostrarme que, además de ser un caballero, albergaba sentimientos dignos de un alma refinada. Yo era una muchacha práctica; él, como novio, me gustaba; pero pasados los primeros meses descubrí que a mí me hubiera interesado más que fuera menos sentimental…. y como, de pronto, observé que él, más que sentimental, era tímido, y que en mi presencia hacía la comedia del hombre espiritual, obligándome de hecho a simular como él.

—A simular, ¿por qué?…

«Porque yo temía que si yo me mostraba tal como era o si descubría mis impulsos interiores, podría haber pensado mal de mí.»

—¿Se besaban?…

«Ahí está… No nos besábamos. Mis amigas me preguntaban: «¿Y todavía no se han besado?» Y yo, al tiempo que sentía vergüenza, experimentaba fastidio contra él, puesto que me hubiera agradado mucho besarlo y que me besara, ya que eso no era un pecado, y si lo era, el cine nos había acostumbrado hacía ya mucho tiempo a mirarlo como un espectáculo natural entre novios.

—Está bien…

«Al cabo de un año, se le ocurrió besarme. Recuerdo que recibí su beso fríamente, decepcionada casi; más aún, fingí indignarme, como si me hubiera ofendido… No me olvidaré nunca… Estábamos en la puerta de casa… Se le llenaron los ojos de lágrimas. Y yo tuve que morderme los labios para no sonreír burlonamente, al mismo tiempo que pensaba: «Pero, ¿qué idea fantástica se formará este hombre de mí? Me mira como a una diosa. Es absurdo…» ¿Y todo por qué?… Porque él únicamente concibe mujer honrada a aquella que durante el noviazgo sólo habla de bueyes perdidos y se indigna, como me indignaba yo, haciendo la comedia de la pudibundez.

—¿Y el pudor femenino?…

«Existe… Pero el pudor no tiene nada que ver con lo que hablamos. Es la sinceridad que falta en el corazón de las gentes: es el disfraz con que enmascaran sus palabras y sus actos. Ese hombre, mi novio, era menos sentimental, menos soñador de lo que pretendía, era, en el fondo, como yo lo hubiera deseado: igual a todos los hombres que viven bajo el sol y se arrastran sobre la tierra, con luz en los ojos y pasiones en el alma. Pero, ¡pobrecito!, se disfrazó de espiritual…»

(El Mundo, 23 de mayo de 1931)

CASARSE PORQUE SÍ

En tren de conversación psicológica, me cuenta una amiga:

—Tengo una prima que hace pronto cinco años que está de novia. Cualquier día de estos termina casándose…

—¿Está enamorada?

—Alguna vez debe de haberlo estado… Ud. comprende que eso no se puede evitar… Es como la viruela…

—Digo, si está enamorada del novio…

—Lo que está es perfectamente aburrida de él. Aburrida hasta decir basta. ¿Pero cómo va a romper el compromiso? ¿Usted se da cuenta? Cinco años. Cinco años que el novio visita la casa… ¿Pero de qué se ríe?…

—Trato de imaginar todos los kilos de pan y litros de té, licor y café que el fulano ha bebido en la casa de su novia. Yo una vez hice el novio como dos años en una casa, y el día que resolví no ir más, respiraron; porque conmigo se arruinaba. He calculado que bebí setecientos cincuenta litros de mate, comí doscientos kilos de ternera, doscientos kilogramos de fruta seca…

—¡Qué desvergonzado! Bueno…dejémoslo a usted.

—A mí me gusta que se ocupen de mí…

—Yo le voy a hablar de mi prima. ¿Escucha o no?…

—Atentísimamente…

—Bueno: mi prima hace como cinco años que está de novia. Ahora bien: ¿cómo va a cortar con ese fulano? No es posible. Al menos ella así lo piensa. ¿Qué dirán las amigas? ¿Los parientes? ¿La familia?

¡Cortar después de cinco años! Para mi prima, cortar después de cinco años, es más grave que casarse y divorciarse. Y, aunque el novio le resulta ahora un esperpento y calvo; aunque ahora lo vea con los más negros colores y se dé cuenta que el zutano vale muy poco, o le interesa menos, no se atreve a cortar, asustada por esa montaña de tiempo que se le planta por delante y que equivale a cinco años.

—¿Y se casará?

—Como dos y dos son cuatro. Se casará, sabiendo de antemano que en ese casamiento no ocurrirá nada que pueda hacerla feliz. Se casará, por casarse, ateniéndose a eso de que «las mujeres tienen que casarse».

—Y usted, ¿a qué atribuye esta manía de casamiento que se encuentra en ciertas familias?

—¿Me está haciendo un reportaje?…

—Sí, algo por el estilo.

—A falta de criterio. Casarse es, para la mujer como para el hombre, adquirir mayoría de edad. El caso de mi prima, por ejemplo. ¿Se casará por amor? No. ¿Por

necesidad fisiológica? No sé; puede ser. ¿Qué es lo que la mueve a casarse? El haber estado cinco años de novia. El imaginarse los chismes que la gente echará a rodar por allí. El concepto del padre, las discusiones de la madre, las caras de las amigas. Toda esta serie de necedades es el motivo de que mi prima, en vez de cortar con un fulano, lo aguante y se case con él.

—¿Ocurre muchas veces el fenómeno que le pasa a su prima?

—Sí, es frecuente.

—Las consecuencias, ¿cuales?…

—No me pregunte. Usted sabe.

—Cierto, tiene razón. ¿A qué se debe, en el fondo, todo esto?

—Simplemente a que las mujeres no están acostumbradas a tener relaciones con los hombres. Al menos en nuestra sociedad tipo barrio…

—Sí, semi burguesa…

—Entonces se enamoran del primero que llega. Están esperando a un hombre. Lo esencial es que se case. Yo conozco el caso de un hombre casado que visita una chica. La familia, en el colmo de la ingenuidad, cree que el gran desvergonzado se va a divorciar. Yo creo que si Landrú resucitara, muchas respetables señoras se disputarían el honor de ofrecerle una hija…

—¡Qué macanudo!… Tiene razón… ¿Y cuáles son las otras razones?…

—Resolver posición económica. La mayoría de las mujeres, aunque tienen capacidad en casi todos los casos para ganarse la vida, no sólo que no se la ganan, sino que están esperando la llegada de un novio con «posición» para atraparlo y meterlo de un brazo en el Registro Civil.

Aquí se ha hecho costumbre. Y como una mujer desde que nace, está oyendo la frasecita de que «la mujer, debe casarse, la mujer debe formar hogar», lo único a que dedica sus actividades es a eso. ¡A pescar un imbécil!

—¿Por qué dice eso?

—Porque si yo fuera hombre, me llamaría a mí mismo así, si lo hiciera.

—¿Sabe que estamos de acuerdo? Tiene que contarme otras cosas…Vamos a hacer una serie de notas sobre estos asuntos… ¿Está conforme?

—¡Cómo no!… Siempre que…

—Que usted se porte bien.

—Choque… De acuerdo.

(El Mundo, 16 de mayo de 1931)